

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX

San José, Costa Rica **1935** Sábado 26 de Enero

Núm. 4

Año XVI—No. 716

SUMARIO

Encuentros con Benito Pérez Galdós	E. Díez Canedo	Cabeza india	Mauricio Magdaleno
De las tierras fronterizas	Juan del Camino	Martí y Lenin	Juan Marinello
Chile, país de humor	Isaac Felipe Azofeifa	Luis G Urbina	Rubén Yglesias Hogan
En el bicentenario del nacimiento del P. Goicoechea	Ramón A. Salazar	In memoriam	
Libros y autores		Los cables del "Rep. Am"	
En el 1er. centenario del nacimiento de Ignacio Manuel Altamirano	Raúl Cordero Amador	"Alicia en el País de las Maravillas"	Luis Calvo
		Poesía de niños	B. J.

Encuentros con Benito Pérez Galdós

Por E. DIEZ CANEDO

= De El Sol, Madrid. =

Tras un viaje atlántico, al tocar la primera tierra española, en Las Palmas de Gran Canaria, la figura de Galdós, labrada por Victorio Macho, adelantándose sobre las olas, de las que parece surgir desnuda como un dios marino, el que ha leído con fervor de muchacho, primero, y más tarde con reflexión de hombre, los libros del maestro siente que de un golpe se le llena el corazón de encontrados afectos. Aunque la gente literaria crea hoy estar muy lejos de aquel hombre en quien se cifra una época, bastará que un día el azar lleve a la ociosidad de un espíritu influyente este o aquel libro para que, si el lector imprevisto es leal y quiere comunicar su sentir a otros hombres, se vuelvan a Galdós los ojos con el antiguo fervor renovado.

Mi experiencia personal me lo ha confirmado de nuevo en semanas recientes. Vine a contemplar la estatua de Galdós erigida en su isla natal cuando la lectura repetida de unos "Episodios" me había sobrecogido nuevamente de pasmo y angustia. Eran unos tomos sueltos hallados en la biblioteca, rara vez solicitada, de un Círculo recreativo: ediciones americanas contemporáneas de las primeras originales, y tal vez impresas, en papel que ya van deshaciendo los años, sin autorización ni acaso conocimiento del novelista. Los "Episodios" casi completos.

No intentaba yo ver, como a algún escritor nuestro le he oído, si a Galdós se le puede leer todavía. Mi convicción está hecha de muchos años a esta parte, y con frecuencia voy de nuevo a sus páginas, no para contrastarlas con las de autores del día, sino por pura devoción, por agrado íntimo. Pero declararé que mi afán solía encaminarme a las "Novelas con-

temporáneas", más que a los "Episodios".

Ahora, lejos de mis libros, intenté releer por su orden las narraciones galdosianas de tipo histórico. No lo conseguí sino en parte; mas lo que alcancé a leer me abrió el deseo de completar la revisión, y llegado a España busqué algunos tomos con que no había dado. Me encontré con un Galdós "puesto al corriente", podría decirse, por los editores: en la cubierta, la bandera de dos colores ha sido sustituida por la tricolor de la nueva España.

Será alarde innecesario, y los enemigos de nuestra enseña na-



Pérez Galdós

(Dibujo de Sancha)

cional no perderán con ello ocasión de aducir razones históricas o quizá estéticas, achacables éstas a la deficiente labor editorial, que parece perseguir a Galdós con saña implacable aun después de muerto. No cuidó él con esmero particular el aspecto externo de sus ediciones. La edición grande de los "Episodios" quedó interrumpida en la serie segunda, y cuando con la tercera pareció remozarse la pluma de Galdós—porque acaso en la tercera serie estén los episodios más gallardamente escritos—, no sintió ya la necesidad de dar a sus libros formato más generoso que el usual,

harto mezquino. Pero en esa edición grande, muchas ilustraciones, sobre dibujos del propio novelista, añaden un interés mayor a los libros, que les da lugar preferente sobre los más lujosos y esmerados de su tiempo. Después, sea deterioro en las planchas estereotípicas, sea incuria del lector de pruebas, los volúmenes galdosianos afectan la traza más humilde bajo el orgullo del pabellón nacional, que ahora los editores hacen lucir con sus nuevos colores.

No es error de ellos, sino acierto profundo, tal vez sin plena intención. El rojo y gualda flotó en las luchas estudiadas por el autor de los "Episodios". Pero, ¿no son esas mismas luchas las que dan su aire trágico a nuestros días? No; Galdós no pertenece al pasado. La conmemoración del 4 de enero no puede ser ceremonia íria, mera manifestación noble de un culto literario, cumplido póstumo sin trascendencia. Galdós está vivo, como lo está su España. Su pabellón tiene que ser el nuestro.

Adolecemos los españoles de un mal acaso incurable: hemos solido abandonar nuestros escritores representativos a la interpretación interesada de los que se propusieron utilizarlos en favor de determinada tendencia. Parece que rehuimos la discusión, con aire, en el mejor de los casos, de un "no me duelen prendas"; en el fondo, quizá por pereza inconfesable. El ejemplo más candente y notorio se ve en Menéndez y Pelayo. Lo hemos dejado caer por entero en manos de antiliberales, sin salvar lo que en él, con todo su catolicismo y conservadurismo, está por encima; sin dar el debido resalte a su evolución, que va desde el espíritu pronto suelto de las trabas en que se movió airoso durante los años de iniciación, hasta el gusto lite-

rario. Hemos preferido desinteresarnos de él, y no contar para nada con su prodigioso espíritu, par de los mayores.

En cuanto a Galdós, que era nuestro sin vacilaciones, no hemos sabido ni querido defenderle, y le hemos abandonado también a la diatriba o el desdén ajenos, manifestaciones de una discrepancia doctrinal inexorable. De donde hubiera de partir la glorificación, sólo partían homenajes inútiles, y mentes muy elevadas, todos han de recordarlo, en los mismos días de la muerte de Galdós no tenían reparo en manifestarsele contrarias y hostiles.

Por de pronto, en lo literario, los que condenan (mejor, los que olvidan) a Galdós, le juzgan como en un bloque, más duro y unido que el de su estatua. Basta la lectura atenta de unos cuantos libros para echar de ver el progreso constante del escritor como tal escritor, en el puro oficio, sin tener ya en cuenta para nada su ideología. En las series de los "Episodios" que acompaña-

ron a toda su obra se ve muy a las claras. Hay tomos más débiles, por la fabulación como por la escritura; en general, aquellos que prolongan una acción no agotada en el volumen precedente. Pero cuando Galdós halla su veta, riquísima del más noble metal de experiencia humana, entonces nadie le supera. Es decir, se supera él, como se advierte en las series de madurez, si se las compara con las series impetuosas de juventud, en que tampoco faltan las obras maestras.

Ejemplo flagrante puede advertirse en el cotejo de "Doña Perfecta" novela con "Doña Perfecta" drama. Las clases de literatura, si las hubiera, tendrían aquí tema para todo un curso. Los adaptadores de novela a teatro no imaginarían escuela mejor si acaso les asaltara la necesidad de una disciplina. De una novela, no de las sobresalientes en el repertorio galdosiano, sale un drama que, en ciertos aspectos, domina su teatro entero. No es

ya adaptación, sino recreación; hecha por mano ajena, podría parecer hartamente libre. Sin embargo, ahí está la verdad, y en el drama no hay nada que se eche de menos. Hecha por mano ajena, tanta libertad sólo se justificaría por el acierto rotundo.

Muchos que han atacado a Galdós lo han hecho ya en nombre de una literatura más artificiosa — desestimando el artificio que entra en todo gran arte y sin ver en Galdós, amigo de la expresión más sencilla, esa labor que consiste más en progresiva madurez que en corrección laboriosa—, ya en defensa de un espíritu más... más elegante, para decirlo con brevedad, menos apegado a la supuesta monotonía, a la limitada aspiración de la vida española.

Y esto, no; esto, no. La vida española, tal como Galdós la retrata, en sus exaltaciones y en sus resignaciones, parecerá menos brillante; pero ha sido, y lo que más importa, sigue siendo, tal como él supo verla. El lec-

tor de los "Episodios Nacionales" que alterna esa lectura con la de los periódicos del día encuentra más viva información en la prosa galdosiana que en las apretadas columnas de los diarios. Y encuentra además un espíritu. Madrid ya no es aquella maraña de callejuelas descrita por Galdós tantas veces. Pero sus hombres son los mismos que se agitan en grandes vías, bares y "cines". Los mismos en sus pasiones y concupiscencias, en su prurito de ahogar en el prójimo la aspiración levantada o de sacrificarla ingenuamente, con un gesto de displicencia. El mismo valor de heroísmo anónimo junto a la obsequiosidad servil, de hospitalidad abnegada y de capacidad para lo más bajo, la difamación, la denuncia; la misma capa de religiosidad encubridora de las más fieras determinaciones, y de bohemia deshinchada malgastando los más generosos impulsos.

Galdós está vivo, es de hoy, es nuestro.

Estampas

De las tierras fronterizas

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y enero del 35 =

Al lector panameño que nos pregunta desde su tierra si existe aquí fuerte corriente popular, impulsando el arreglo de la cuestión limítrofe entre su país y el nuestro, hemos tenido que decirle rotundamente que no la existe. No la sentimos por ninguna parte. No es hoy necesidad nacional la revisión de tratados que fijan derechos sobre territorios en la frontera del Sur. A nadie que no vea en ese asunto un negocio particular puede interesarle su discusión en estos momentos. El político lo trata como cosa política y saca de allí aureola o pretende sacarla. El periodista encuentra material diario para llenar las ociosas columnas de su publicación. El hombre de negocios hace cálculos fenicios y desarrolla planes de nutridas ganancias. El taimado se entiende para mover influencias y precipitar los arreglos. De modo que es núcleo pequeñísimo de individuos el que habla y propone proyectos en ese asunto limítrofe.

En Panamá —hemos dicho a ese lector— pasará lo mismo. Es cierto que allá el sentido de la discusión de los negocios públicos está más cultivado. Pero con este negocio de fronteras no debe haber ni siquiera en países vigilantes grandes ánimos colectivos para hacer de él preocupación diaria. La frontera se vuelve línea de disputa porque a determinados intereses conviene así. Jamás acerca de ellas han tenido las naciones debates populares. Si los tuvieron no habría luchas. Habrían sacado su trato de las manos de políticos y negociantes. Y

así habrían señalado el camino del arreglo definitivo y justo. La habilidad de los grandes intereses consiste en situar en el medio de los debates de las comisiones de límites entre las naciones, individuos que los representen y tracen la línea que separe geografías negociables. Cuando la disputa ha surgido y las llamadas cancillerías intervienen para finalizarlas mediante el tratado, ya cada gobierno tiene el nombre de sus comisionados sacados de entre abogados, negociantes, agentes de comercio, y nunca tienen en ellos sitio hombres independientes. Las comisiones de límites duran años fuera de sus países discutiendo sobre mesas ajenas. Vuelven cuando cada gobierno ha gastado miles de dólares en sostenerlas y lo que traen es el pobre acuerdo que nada permanente ha resuelto.

Es imposible que resuelva cosa de valor la reunión de políticos ocasionales. Si actúan como árbitros bailan en la cuerda floja y no dan sino lo que conviene al poder que en los momentos de

fallar amenaza y manda ocultamente. A los pueblos se les hace creer que han obtenido victorias. Siempre los políticos encuentran modo de volver victoria lo que sale de sus acuerdos infelices. Proclaman pomposamente el tratado que repartió tierras fronterizas y dicen que los países pueden dormir tranquilos porque arreglaron la línea divisoria. El empeño es justificar las inmensas sumas gastadas en sus sostenimiento, hacer ver que tienen capacidades y las ponen al servicio de la "patria". Después el descrédito cae sobre la obra de los benditos hombres y ninguna cuestión limítrofe queda arreglada.

Explica esto la indiferencia absoluta que en la opinión popular tienen estos estallidos periódicos fronterizos. Nuestras preocupaciones no tienen ventana a ese mundo artificioso y de cálculos tenebrosos que ha creado la casta que vive en los países de las actividades públicas. Queremos decir que vivimos más bien en la esfera popular y por eso no notamos que exista un problema nacional y de trato inmediato con Panamá. Nuestra mirada va hacia el Sur cuando la agitación periodística usa los más exaltados términos patrióticos para decir que el momento es propicio para dejar solucionado el conflicto limítrofe con Panamá, o la vecina del Sur, como



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

dice el lenguaje ramplón del hombre de periódico nuestro. Y no encuentra por esos rumbos otra cosa que tierras que no están disputando los costarricenses que viven penosamente de su trabajo diario. Allí hay tierras, muchas tierras, pero parecen ser de la codicia que acapara lo mismo en Costa Rica que en Cuba o en Honduras. Posiblemente en Panamá hay acaparadores que también necesitan definir la línea fronteriza para demarcar sus latifundios. Y mueven la algaraza periodística y política y encaminan soluciones hacia el nuevo tratado.

Pero todo es obra de camarillas. A las colectividades no se las interesa mientras la línea pueda ser definida por las camarillas. Cuando es necesario que las colectividades impongan la frontera guerreando, entonces se las reúne y se les habla del santo amor a la patria. Deben luchar por ese santo amor para no permitir que la arteria extranjera se lleve inmensas regiones en donde el santo amor puede encontrar reposo y modo de vivir. Mientras el tratado resulte pacíficamente no pasa la discusión de las camarillas.

Y no puede ser diferente, porque la frontera es negocio que da aureolas y reales. Vemos todo lo que se ha hecho en torno a la frontera nuestra con Panamá y nos parece que no vale la pena mover algaraza periodística. Aquí no existe el afán de terminar con disputas. Como no lo ha existido en ningún país con iguales problemas limítrofes. Si hubiera efectivamente ese fin saludable se haría participar en los arreglos a las colectividades. Se las instruiría y se las pediría que entraran en relación unas con otras para plantear el asunto en su forma real. Nadie que discutiera libremente problema semejante dejaría de preguntarse en primer lugar de quién son las tierras que están disputándose en aquellos lugares por donde hacen curvarse extremadamente la línea trazada sobre el mapa. Esto nos preguntamos cuando vemos el gran empeño por convertir en problema de actualidad social nuestra frontera con Panamá. No podemos olvidar que los intereses capitalistas son poderosos y cuando convierten a nuestros países en campo de sus actividades, no tienen reposo. El latifundista es peligroso y si lo vemos situado precisamente en las regiones fronterizas, tenemos que suponerlo en menesteres oscuros.

Al lector panameño le hemos dicho que nuestro parecer es el del hombre inconforme que no tiene conexiones ni con políticos, ni con negociantes. Le hemos dicho que se lo damos para que juzgue si en su país este mismo campanazo de fronteras lo han dado determinados intereses capitalistas. Le hemos pedido informes acerca del grado de entusiasmo que allá exista por el proyectado arreglo. Para todo eso es que le hemos hablado de la indiferencia colectiva, mejor dicho, de las colectividades, por este asunto de límites con su país. Lo creemos deseosos de saber si hay amistad u odio en el costarricense por

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

el panameño. Nos ha sondeado y la respuesta ha sido franca. No merece el odio nuestro un habitante que padece las mismas imposiciones que nos abaten y abaten a todos los habitantes de estas naciones.

Mañana las tierras que ahora acuerden cedernos como definitivas en el arreglo con Panamá serán de propiedad de la organización rapaz que las necesite para sus explotaciones. Nada las librará de ese dominio. Esto suponiendo que no estén a estas horas sin esa esclavitud. Del lado de Panamá ocurrirá lo mismo. De tal suerte que los afanes del momento por llegar a un nuevo tratado fronterizo no son sino preparación de

negocios. El error grande sería traer rencores. Y éstos pueden despertarse si fracasan las habilidades de las camarillas para obtener el tratado.

Pero entonces habrá que denunciar y como se nos hablará del amor a la patria y del deber de defender su territorio, tendremos que acudir los panameños y nosotros a darle otro sentido a la patria. Por lo pronto contentémonos con afirmar que en lo que convengan como bases para el arreglo de fronteras no existe participación popular alguna. Es negocio de círculos. Si parece diremos que debe convertirse entonces en negocio colectivo para darle trato colectivo y por consiguiente, perdurable.

Chile, país de humor

Por ISAAC FELIPE AZOFEIFA

= Envío del autor.—Costa Rica y enero del 35 =

Mientras escribo, un leve otoño se pega a las ventanas con su ala de frío y sol furtivo. Estos primeros días de enero así me lo parecen. Amarillean débilmente los árboles y de algunos cae la persistente lluvia de hojas que signa el otoño. Una suave melancolía se me entra en el recuerdo. Voy a decir de Chile, país de otoños sin olvido.

Si por mar va descubriéndolo, el viajero camina durante largos días dominando un paisaje de costa inhospitalaria. Tierras ocreas bajo un implacable azul. Iquique, Antofagasta, grises y extendidos. Caletas, pequeños puertos mineros. Salitre. Cobre. Más cobre. Hasta alcanzar una bahía de asombro. Ancha y cerrada al mismo tiempo, la de Valparaíso da una gran impresión de brazos abiertos. Sin dejar campo al

descanso de la playa, ascienden los cerros bajos, palpitantes de caserío y jardines, como grandes pájaros serenándose. Hacia Santiago, el tren corta un paisaje de tierra dura, seca, sarmentosa. En efecto, es de viñedos. Desde lo abrupto de los repliegues costeros se lanza el viajero sobre una meseta de amplísimo horizonte en donde Santiago de Nueva Extremadura, coronada de racimos simbólicos, anuda el sur de ganados y trigos al norte minero. Esta es ciudad que se hace amar. Crea una manía de ambular por toda ella buscándole aquel íntimo recodo de ternura que hemos perseguido en la amada mujer. Tiene un genio femenino y un fino perfil despreocupado. Hay sobre ella un sensual airecillo. Amor baila en el aire como una estrella cercana y la ondulante pasión es suave y profunda, con el dulce sabor oculto de un fuego en otoño madurado. La sangre vasca se hace marfil y azul en sus mujeres, con altos muslos pulidos de aguas frías, macizos y sobrios de deporte, pequeño y duro de cima el pecho, y en lo arriba de la armazón descrita, la cabeza de melena clara, en gran soledad de oro hierático. La mujer chilena propicia al viajero una impresión de hermetismo y lejanía, prometedores de dones profundos, no sabría decir cómo ni por qué.

En los países con bien marcado reloj de estaciones, el estilo de vida cambia

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

con cada una de ellas. El espíritu se ve obligado cada cierto tiempo a una nueva adaptación. Esto agiliza, indudablemente. El hombre adquiere una aguda conciencia de los matices objetivos y subjetivos del mundo. Si a una especie tal de clima se agrega recorrer las estaciones una geografía ardua, desde la desértica inmovilidad arenosa a la desértica inmovilidad polar pasando por infinitas escalas de vida, —el hombre agarrándose a subsistir en tierras casi a pico, duras, ascensos rapidísimos a las cimas andinas, sobre llanas tierras después, navegando suaves olas de trigo; luchando en el mar o hurgando la entraña telúrica—, es necesario imaginarse al espíritu viviendo siempre un imprevisto clima afectivo; al hombre escondiéndose en una inteligencia rica de recursos, de falsos escapes, anfractuosa y sutil de haberse hecho frente a un paisaje propicio al escondite, la trampa natural, la emboscada. En efecto, no tiene el alma chilena esa ingenuidad de lucha temeraria sin fuga posible sino en la muerte que da la lucha en la pampa: la ingenuidad del gaucho, la intención del golpe franco, directo, y sobre todo, el desenfreno sentimental con que vive éste en la elemental simplicidad de un paisaje de puros horizontes. Así defino en el chileno un desarrollo sumo del elemento que frigidiza, el intelectual, objetivante, y que le pone frío observador, frío entusiasta, y desconfiado y astuto en su espécimen del campo y del mar. No en vano el Ande separa con altísimo filo de nieves la truculencia sentimental de gaucho y el fino humor del hombre chileno. Más clara es la diferencia con nuestro pasional hombre del trópico. Espíritu continuamente sobre sí, en vigilia intelectual, censurando el brote emotivo, rodeando su propio impulso desbordante hacia el mundo, lo laza, lo recoge, y haciéndose su dueño, logra un ambiguo desinterés, objetividad, que, cuando es un poderoso sentimiento el dominado, punza a menudo la realidad como un fino estilete irónico. Se hace humor. Y esta capacidad de humor verdadero es un hito seguro en nuestro perfil del hombre chileno.

Las cosas pueden ser tomadas en grave o en serio. Grave es el ridículo hombre, sin perspectiva porque mantiene tan encima de sí mismo lo que sabe o piensa, que el peso de aquello le aplasta como una alta carga, y le obliga a ir sudoroso como burro de indio, y solemnemente además, convencido de que, si tal es el peso, así de importante es su tarea. ¡Oh suficiencia de los graves!, ¡oh unilateralidad! porque el animal de carga no eleva libre el cuerpo ni la vista: lleva anteojeras. Y pondrá más amor propio que verdad y sinceridad en las cosas, incapaz como es de ver y medir. En serio se toma el mundo cuando, borrándonos frente a él, lo dejamos libre de nosotros mismos, que es libertarnos a la vez; somos un transeunte apenas, turistas de un yanquilandismo cósmico; una infinita curiosidad nos mueve, un inagotable interés nos pone en vigilia. Pero tenemos una medida contra las

añagazas de la realidad: nos conocemos limitados, crueles, pequeños, ignorantes, y sabemos nuestra ambigüedad trágica de animales y dioses. Contra el engaño inminente tenemos la sonrisa: hemos visto el irónico gesto del mundo; sabemos que más cerca del error que de la verdad estamos. Esta medida no ha fallado nunca. Y ponemos un airón de humor en la cima de la realidad conquistada. Así el hombre chileno. Nada escapa de grande o pequeño a este modo de ver. La tonada, la canción popular chilena, (la cueca va decidida al encuentro del puro humor), tiene todo el carácter de lo producido en frío, con lo cual el sentimiento queda reducido a un fino temblor interno que recorre todo el melodioso espinazo. Si canta la pena el huaso, es porque ya hace tiempo se ha librado de ella y queda a salvo el pudor sentimental. Por este modo de dominio, esa actitud ponderada, el chileno deja una impresión de pueblo viejo, europeo.

No conocen nuestros pueblos del trópico el maravilloso paso de otoño por el mundo. Neblinillas tenues se desgarran delante del sol, pura luz sin fuego. Filos fríos enferman de lenta neumonía el paisaje. Hojas amarillas caen sin impulso de viento, como suicidadas. Caen también bayas secas. Entre la ramazón de los pinos se queda detenida la cosecha de conos rígidos. Son todos los matices del fuego en el paisaje; pero sin brillo, como al través de cristales esmerilados; lumbre acogedora, blanca, sin vigor, que no hiere, ni quema, ni fatiga. Es pura ternura, como amor sin concupiscencia. Profunda estación es el otoño, fragante de maduro fruto, de tono menor en el color, en la luz, hasta en

el canto de los pájaros atrasados; llena de paz, después de la violenta primavera. Trae al ánimo serenidad ir por las vereditas cubiertas de hojas escuchando el ruido de los pasos sobre el suelo húmedo, apagado aquí, escandaloso allá, según se atravesase por debajo de un árbol de fronda caduca o un claro en el bosque. El suelo amanece cubierto del amarillo opaco y blanco sucio de las flores de la estación. Por la tarde, el sol riega luces inusitadas en el algodón medio tristes, en los árboles sin viento, en las montañas casi blancas de las primeras nevadas, un maravilloso tono de oro antiguo, de noble decadencia, de fugitivo de la niebla y pone en las caras aristocrática riqueza. Es un balance melancólico del tiempo, esta estación.

Motejó un maestro español a Chile de prodigar cronistas y escatimar poetas. País de prosa, sería. En efecto, hasta principios del siglo no aparece la primera generación auténtica de líricos. La independencia política y administrativa no trajo la espiritual, creadora, y los poetas del siglo diecinueve se ponen andaderas de retórica, —neoclásica o romántica, siempre retórica,— tanto más cuanto que en todo el siglo pasado la elocuencia y el gesto son unidad de medida. Así fué hasta que, vaticinante de épocas nuevas, aparece el parlanchín Pedro Antonio, en quien, en connubio dramático se junta la grandilocuencia e incapacidad emotiva del romántico, con el ímpetu de aristocracia y búsqueda del matiz que va a hacerse consenso modernista. Ciertamente parece ceguera, incapacidad poética. Pero, ¿por qué no va a ser lentitud de genio, cuidado de madurez? "Azul", el libro canónico de la nueva lírica, se publica en Chile. Y a principios del siglo, pónese en fila de victoria esa generación en que Magallanes, Mondaca, Jara, la Mistral, empiezan a definir una auténtica lírica de Chile, hasta ese máximo poeta de hoy: Neruda. Y si quisiéramos trazar una línea de sangre que fuese su esencia diríamos que la de la más fiel poesía chilena es la melancolía, el tono íntimo, agridulce, una serenidad desgarradora, fría contemplación de la lucha, que no es grito ni adopta actitud de vencimiento olímpico, sino sonrisa humanísima, entre alegre y triste de no haber vencido la dramática dualidad del hombre, o, en la superación, uno como dolor alegre de lo que atrás dejamos y que fué placer nuestro. Y es que en el alma del hombre el alma de otoño ha detenido su viento de hojas frías junto al oculto calor de los frutales ofertorios y creado la sabia actitud de buscar la esencia del mundo en la desinteresada constatación de lo fenoménico, actitud que le educa para la objetividad y dota al chileno del más bien armado espíritu científico de América. Pero al mismo tiempo le ha creado el alma de otoño una ambigua íe en las cosas —"humor"—, que al lírico —individuo de sentidos más que otra cosa—, le pone ese regusto amargo en el canto —"melancolía"—, por la complacencia del hombre en lo finito, en lo que pasa y perece.

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

En el bicentenario del nacimiento del P. Goicoechea

= Tres capítulos de la obra *Historia de veintiún años. La Independencia de Guatemala*. Escrita por el Dr. Ramón A. Salazar. Guatemala, C. A. Mayo de 1928 =

Guatemala, C. A. 18 de noviembre de 1934.

Señor Director del
Repertorio Americano,
Don J. García Monge,
San José de Costa Rica.

Mi muy estimado amigo:

Recientemente se recibió en estas oficinas su atenta carta de fecha 23 de octubre, dirigida al señor Lic. Villacorta, en la cual se sirve pedir Ud. datos sobre la vida del Dr. Liendo y Goicoechea, personaje que figuró en Guatemala a finales del siglo xviii y los primeros del xix. En atención a ella nos hemos dado a buscarle datos y los que he podido encontrar hasta ahora, en la Gaceta de Guatemala y de dos obras de Salazar, tengo el gusto de enviárselos adjuntos en diez y nueve páginas útiles y que están tomados exactamente como están publicados.

A este respecto debo manifestar a Ud. que a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, hace algún tiempo propuse y fué aprobado conmemorar el centenario de tan insigne hombre de letras en mayo de 1935.

Si posteriormente encuentro más datos desconocidos con mucho gusto se los enviaré.

Ojalá que estos cuatro que le envío hoy le sean de alguna utilidad, y como siempre, ordene a su Afmo. Atto. y S. S.

José Luis Reyes M.
Bibliotecario.

Capítulo III: Educación Pública

El Dr. don Antonio de Liendo
y Goicoechea

Sistema preconcebido y meditado fué el de España, de mantener a sus colonias en la mayor ignorancia.

Factorías de comercio únicamente para ella; fuente inagotable de riquezas, mercado para la venta de los géneros que producía o de las que compraba en otras plazas europeas, acaparadora de las riquezas de estas tierras, cometió el error capital de no crear ni educar a estas sus hijas en el amor a la Madre Patria, creyendo que sería eterno su dominio, y que para afianzarlo, nada más propio que el mantenerlas sumidas en la ignorancia.

En todos los actos emanados de la Corte de España, nunca espontáneamente, sino a solicitud de los colonos americanos, se ve una serie de concesiones debidas, se dice en las cédulas, a la bondad y munificencia de los reyes jamás a los derechos ni necesidades de estos pueblos.

Tan ajenos fueron los intereses de la Colonia y su Metrópoli, que los mismos hijos de la Península, una vez salidos de ella para radicarse en América, eran considerados perdidos para la Madre Patria. La segunda generación ya

no se consideraba como española, aunque sí vasalla de sus reyes. Bastaba con atravesar los mares y respirar el ambiente de las vírgenes regiones del Nuevo Mundo, para que el español decayese en el concepto del Gobierno metropolitano. Si se casaba aquí con alguna criolla y engendraba hijos, ya éstos, en el concepto de los peninsulares, eran inferiores a sus padres y abuelos en fuerzas físicas y morales. Se decía que los criollos tenían un desarrollo precoz intelectual; pero que llegando a la madurez, perdían toda energía cerebral y se convertían en niños o en tontos. Curiosas son de leerse las anécdotas escritas a ese respecto, y la refutación que sobre ese ridículo error, escribió el célebre benedictino Fray Benito de Feijó, quien en uno de los discursos de su "Teatro Crítico", probó todo lo contrario, haciendo la apología de muchos americanos notables por su ciencia, su talento y robustez intelectual aún en la edad proveya.

Limitados como eran los estudios a pocas materias, el americano se veía desligado por completo de la tierra de sus padres. Ignoraba lo que los ascendientes de éstos habían hecho en la edad heroica de la España para hacerla grande entre las naciones; ignoraba también cuál había sido la conducta de los conquistadores con los indios americanos, teniendo únicamente llena la imaginación de fábulas, reproducidas en generación en generación, sobre los hechos de aquellos soldados crueles, elevados casi a la categoría de mitos. Creían que la sangre de los conquistadores derramada en los campos americanos era el precio de la compra de estas tierras; y al mismo tiempo que veían con desprecio a los pobres indios a quienes consideraban más como cosas que como hombres, recibían con ojeriza y mal talante a los advenedizos que en barcadas venían de España; a despreciarlos, a tratarlos como inferiores, sin perjuicio

de casarse con las ricas herederas del país y volverse a su Patria a gozar allá como Nabaes, o acriollarse a su vez, y ver que sus hijas caían en igual condición que los criollos a quienes al principio despreciaban.

Ni aún la literatura patria, ese lazo de unión dulce y familiar de los pueblos que hablan la misma lengua, era estudiada en América. Leyendo las pocas obras que de aquel género nos legó la Colonia, es raro encontrar en ellas citas de autores clásicos del siglo de oro de la literatura española. Pareciera que Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Tirso, Hurtado de Mendoza, hubiesen escrito en otra lengua y para pueblos de otra nacionalidad: tal eran de ignorados en América. En cambio los santos padres y algunos clásicos latinos formaban el fundamento de su sabiduría y tan atiborrados estaban de ellos que se hace insoportable la lectura de sus escritos, pues con la infinidad de citas y escolios que amontonaban a mansalva, por lo menos la cuarta parte de esas obras están preñadas de textos latinos.

Nada se diga del estilo: chavacano muchas veces, culto y gongórico, libros, bombásticos y arrevesados hasta el contenido de ellos.

Tal era el estado de espíritu entre las gentes pensadoras en todas las colonias americanas, con raras y notables excepciones.

Veamos ahora lo que se pensaba en Guatemala acerca de la educación popular.

En un artículo sobre esa materia publicado en la "Gaceta", con fecha 6 de abril de 1802, se leen los siguientes conceptos, que no necesitan de comentarios.

"Entre la instrucción que debe tener un sabio y la que ha menester el pueblo, hay una enorme diferencia.

"La matemática sublime y otras varias ciencias no son propias para el vul-

GRANJA SAN ISIDRO

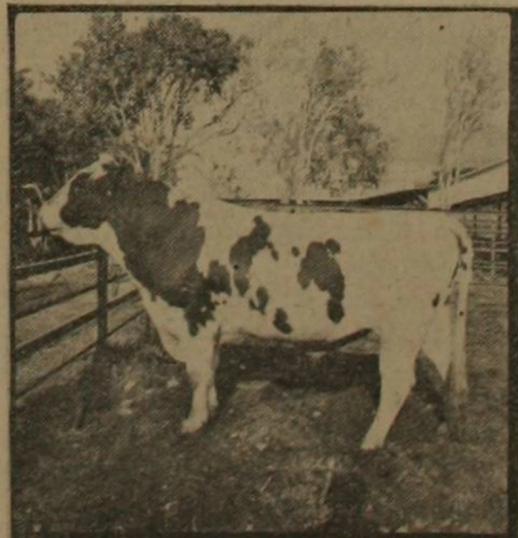
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Toro importado de la CARNATION MILK FARM Co. Gran Campeón del Estado de Kentucky, hijo del campeón del mundo.

Hijos de este toro y de vacas de pura raza se venden, de 6 meses, a \$ 1000.00 (U.S.A.)

No debe olvidarse que este ható está inmune a la fiebre de garrapatas.



SIR INKA MAY VALENTINE

go, así es que entre los antiguos se tuvieron ocultas, conservándolas los sacerdotes o bramines para sólo su uso, con exclusión de las otras clases. Entre nosotros el Algebra puede tenerse como ciencia oculta, en el sentido, que antes se daba a todas las matemáticas, porque son pocos los que la entienden.

"Los fundadores de algunos estados antiguos tuvieron ideas muy sabias sobre la educación del pueblo, haciéndola consistir en la buena moral y las artes útiles; de allí el modo de enseñar por fábulas y alegorías.

"Si una nación tiene buena moral, buenas costumbres y las artes que ayudan a establecerlas y conservarlas, ¿qué más ilustración necesita con respecto a sus necesidades?

"Supóngase que un labrador o un menestral no sabe dar razón de un eclipse sino por la fábula bien conocida del dragón; pero que es religioso y útil a la sociedad en el lugar que le cupo en ella. Pues ese hombre tiene toda la instrucción, todo el cultivo conveniente, piense por lo demás como quiera del sistema planetario o aunque no haya jamás oído hablar de semejante sistema."

Esas solas doctrinas expresadas en el órgano oficial de aquel tiempo, la "Gaceta", en otras materias, tan dignas de estimación, bastan para dar idea del concepto que se tenían formado aquellas gentes sobre el grado de instrucción que necesitaba el pueblo: fábulas y alegorías y tras ellas una doctrina esotérica, sólo para los iniciados.

Hay que hacer la justicia a los patriotas que fundaron la "Sociedad Económica", el que sacaron a concurso público prometiendo el premio de una medalla de oro al autor que mejor desarrollara por escrito la siguiente proposición:

"Utilidad de las escuelas de primeras letras y el modo de hacerlas prácticas y efectivas".

Pero el concurso quedó desierto durante los tres años que estuvo abierto, sin que se presentase ningún trabajo; lo que prueba, o que nadie creía en la utilidad de esas escuelas o no se descubrían los medios para establecerlas.

En cuanto al estudio de las ciencias superiores, reducida a las eclesiásticas, la Jurisprudencia Civil, la Medicina y la Filosofía se hacía todo en latín.

Entre los hombres célebres de su tiempo, que cita Juarros, se encuentran Fray Juan Terrasa, autor de un "Curso de Filosofía Escolástica"; el Padre Fray Carlos Cadena, que escribió un tratado sobre "La Vida de Nuestra Señora"; Fray Miguel Dighero, autor de otro libro piadoso con el título de "Año Santificado".

Aún se conservan en la Biblioteca Nacional varias obras, manuscritas unas, e impresas las otras que servían de texto en la Universidad de San Carlos, para el estudio de la Filosofía Aristotélica que privaba aún en aquella escuela a principios del siglo XIX:

Hubo, sin embargo, un hombre ilustre de quien en mi obra "Histórica del desenvolvimiento intelectual de Guatemala",

me he ocupado con alguna extensión, y que desde las postrimerias del siglo XVIII se constituyó en novador de los estudios filosóficos, introduciendo en Guatemala por vez primera el método cartesiano.

De ese venerable sabio, decía el joven don Francisco Beteta, en 15 de junio de 1814, en acto dedicado a aquel Mecenas, en el aula de la Universidad de San Carlos:

"Que otros adulen el poder para prepararse apoyos en la carrera de la ambición, o la riqueza para adquirir un pan, indigno desde el momento en que se gana por lisonjas degradadas.

"Yo fijo mi atención en este anciano venerable que tenemos a la vista: en Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, que ha consumido su larga edad en dar a nuestro sistema de estudios el impulso que lo ha levantado al punto de elevación en que lo vemos.

"Nacido el Padre Goicoechea a la última extremidad del Reino, (1) en una provincia donde jamás ha habido letras: hijo de padres honrados; pero incapaces de dárselas: huérfano a los nueve años de edad: novicio de San Francisco a los doce: formado en aulas donde sólo se oía el eco de Escoto; educado en un Convento donde la constitución de la orden, la autoridad de los preladados, y la voz de los lectores no permitían separarse de su doctrina, la mano poderosa de las circunstancias le arrojaba obstáculos por todas partes.

"En medio de ellos luchando con todos, se elevó como estas plantas vigorosas que crecen abriéndose paso entre las rocas por la fuerza de su vegetación.

"El Padre Goicoechea, oculto en su celda como un prófugo, comenzó a cultivar su razón, guía única desde entonces de sus estudios filosóficos.

"La bibliografía de un escritor juicioso le presentó los diversos sistemas de las sectas, expuestos con más imparcialidad, o con menos interés que en las cátedras. Comparaciones felices le dieron resultados grandes. Su espíritu, semejante al de Fontanelle, Quevedo o Boileau, inclinado a ver las cosas por el aspecto que mueven a risa, descubrió todo el ridículo de este idioma del Escolasticismo, tan obscuro como original. Los libros de matemáticas le ofrecieron el método sencillo de la exactitud. La observación de la naturaleza, le inspiró gusto por las ciencias naturales. La meditación en que el hombre, según la expresión de un autor, reúne en un punto todas las fuerzas del espíritu, y aniquilando la actividad de los sentidos, aumenta la del pensamiento, le llenó de ideas nuevas; y una memoria feliz que a la edad en que otros sólo pueden pensar en el momento presente, recitaba canciones enteras de poetas que había leído en su juventud, conservaba fielmente cuanto leía o discurría.

"El estudio llegó a ser su ocupación exclusiva. No hubo ciencia que no tuviese para él atractivos irresistibles. Las exactas: las experimentales: la de Locke que descubrió la genealogía larga de

nuestras ideas: la de Linneo, tan útil como inocente: la de Muschembrock y Franklin: la de Burón, vasta como su alma grande: la de Nicole, más interesante que las otras: todas le ocuparon sucesivamente; y si en ellas no se elevó a la altura de sus autores, en todas manifestó que sus talentos no han sido comunes.

"Guatemala era ya incapaz de llenar sus deseos. Buscó ideas y conocimientos fuera de este Reino. Hizo viaje a España por Veracruz y La Habana. Recorrió casi todas las provincias de la Península y algunas de las que están más allá de los Pirineos. Conoció esos países vascongados tan respetables por su moralidad, como célebres por la filosofía de sus fueros. Observó en Vizcaya las minas de ese fierro con que se ha sostenido la libertad de España. En Navarra los efectos de una constitución que se admira hasta ahora: en Aragón sus antiguas leyes; y en Cataluña, el genio de las artes y los progresos del talento aplicado a la industria fabril. Supo en Barcelona lo que es policía, y en Madrid lo que es una Corte. Visitó las bibliotecas públicas: estudió el gabinete célebre donde estaban unidas las riquezas más preciosas de los tres reinos: observó los establecimientos literarios: se formó relaciones útiles, y su alma se dilató a vista de tantos objetos, tantos caracteres y tan prodigiosa variedad de usos y costumbres.

"En medio de ellos no olvidó su antigua patria, ni fué ingrato al país donde había sido formado. Volvió a Guatemala lleno de conocimientos, de esferas, de tablas, máquinas y libros, poco comunes aún en los países cultos de Europa.

"Muy distinto de aquellos literatos egoístas que temen dividir la gloria de serlo, comunicando sus pensamientos, el padre Goicoechea fijó la suya en participar cuantos tenía. Cerca de treinta años de lecciones dadas como Catedrático de filosofía y moral, fueron una comunicación continua de ideas útiles. En esta Universidad, en la Sociedad Económica, en su convento, en sus obras, en las conversaciones deleitosas de su amistad sincera, su alma franca no ha cesado de difundir luces y variar el aspecto de nuestros estudios.

"Rompió el yugo pesado que había impuesto el Escolasticismo. Sostuvo con entereza los derechos de la razón. Enseñó una lógica sensata: dió lecciones de Física Experimental: leyó un curso de Aritmética, Algebra y Geometría, cuando el compás y la pantometra eran instrumentos sospechosos; fué el primero de esta casa en que una filosofía de palabras empezó a substituir lo de la razón y experiencia.

"Impresos están varios opúsculos suyos de tesis o conclusiones filosóficas, teológicas y canónicas: el de Física Experimental que escribió el año de 1769, cuando en otras Universidades dominaba todavía el escolasticismo: el discurso que dijo en una de las juntas de la Sociedad: la Memoria que publicó sobre medios para destruir la mendicidad y

(1) Cartago de Costa Rica.

socorrer los verdaderos pobres; la que escribió sobre conservación de granos; y los papeles que dió a luz en nuestra "Gaceta", sobre diversas materias: todos escritos con ese carácter de amenidad que ha sabido dar a cuanto ha tratado.

"Y tú, reformador expectable de nuestros estudios, tú también fuiste algún tiempo objeto de la execración pública de Guatemala. Fuiste asechado, penitenciado, condenado a ser el último de los lectores por tener derecho para ser el primero. Pero la misma virtud o talento que atrae enemigos, ofrece recursos para hacerse superior a sus persecuciones. La juventud, no endurecida por la mano del tiempo, recibió sus útiles impresiones. Progresaron rápidamente tus benéficos principios. Cesó al fin la voz de tus imprecadores y comenzó la de la justicia. Te distinguieron honrosamente el Intendente del jardín de Madrid y los Catedráticos de Botánica, nombrándote para el reconocimiento de estos campos y remisión a la Península de las plantas, yerbas y semillas que fuesen dignas de cultivarse: La Sociedad Económica ocupándote en comisiones útiles; tu comunidad eligiéndote Ministro Provincial; esta Universidad dándote la Cátedra de Moral; y el Superior Gobierno encomendándote la ejecución de las Reales Ordenes en que se previno que se enviasen a España algunas plantas vivas y muestras de las maderas más exquisitas, y fiando a sus luces la enseñanza de la juventud que estaba al cuidado de los Jesuítas. Si los nombres de los sabios tienen mucho que andar para llegar a los oídos de las testas coronadas, según a expresión de Fontanelle, el tuyo no sólo atravesó este inmenso espacio, sino que mereció que S. M. te mandase dar expresivas gracias por el celo con que te habías dedicado a la enseñanza de los jóvenes e instrucción del vecindario. Nadie se acuerda ya de tus enemigos. Se ignora hasta su nombre; y el tuyo será repetido con placer: amado en esta Universidad: respetado de la juventud que se forma en ella, y eternizado en el monumento que debe levantarse al reformador de nuestros estudios."

Esa juventud a que se refería Bete-ta, era, precisamente, el pequeño núcleo de hombres en realidad notables, que en diferentes esferas de su actividad iban a contribuir o a realizar el anhelado deseo de a Independencia. Peynado, Molina, Valle, Barrundia, entre los se-glares, García Redondo, Batres, Larrazabal, entre los clérigos, y algunos otros de segundo orden, fueron discípulos del inmortal fraile.

Amigo personal de Goicoechea y benefactor también de la juventud de su patria, fué el Doctor don José F. Flores, el hombre tal vez más notable que en materia de ciencias ha producido Guatemala. El fué el que desterró de los estudios médicos de la Universidad, el sistema Galeno, para substituirlo con los más modernos que por entonces privaban en las Escuelas de Europa; el fué el que disecó cadáveres por vez pri-

mera en Guatemala en tal número cuantos tuvo necesidad para fabricar los maniqués anatómicos que en cera y a sus expensas fabricó para el uso de sus alumnos; él, el que, haciendo traer de su propio peculio un ajuar completo de aparatos, instaló un gabinete para explicar, con ellos, La Física Moderna y Experimental que vino a reemplazar en nuestras Escuelas a la de Aristóteles, que era la única que hasta entonces se había enseñado.

Para más detalles me refiero a lo que sobre los trabajos útiles de aquel sabio dije en la conferencia que tuve el honor de pronunciar en al Sociedad "La Juventud Médica".

En cuanto al estudio del Derecho, en

uno de los capítulos siguientes tendré ocasión de citar palabras textuales del Licenciado don José Cecilio del Valle, que nos pintan al vivo en que grado de atraso se hallaba aquel estudio y cuáles eran los métodos que se empleaban con el deliberado objeto de que se ignorasen los progresos de la jurisprudencia. Basta saber que las obras de Beccaria y Filangieri estaban puestas en el Índice y que si lograron introducirse aquí lo fué furtivamente y a riesgo de las censuras de la iglesia. Esos libros, sin embargo, lo mismo que los de los fisiócratas, no fueron desconocidos en el pequeño círculo de los pensadores criollos que después serían los primeros hombres de la República.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

La benemérita Editorial ESPASA-CALPE (en Madrid, Apto 547) ha puesto a circular en estos días:

Santo Tomás de Aquino, por C. K. Chesterton. Traducción de la primera edición inglesa por H. Muñoz.

Capítulos: Acerca de los frailes. El Abad Fugitivo. La revolución aristotélica. Una meditación sobre los maniqueos. La vida real de Santo Tomás. La aproximación al tomismo. La filosofía permanente. La obra de Santo Tomás.

ESPASA-CALPE S. A., Madrid, también ha sacado estos libros que interesan a los maestros de las escuelas:

Pedro Bovet: *La obra del Instituto J. J. Rousseau*. Veinte años de vida. 1912-1932.

C. Petre-Lazar: *La antropometría y los ejercicios escolares*. Contribución al estudio de la educación física. Trad. de M. Medina Bravo.

En la muy valiosa «Colección de actualidades Pedagógicas».

La excelente editorial CRUZ Y RAYA, Madrid, 1934, ha sacado:

Rafael Alberti: *Poesía* 1924-1930.

Este volumen contiene la obra poética completa de Rafael Alberti: *Marinero en tierra* (1924). *La Amante* (1925) *El Alba del Alhelí* (1925-1926). *Cal y Canto* (1926-1926). *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929). *Sobre los ángeles* (1927-1928). *Sermones y moradas* (1929-1930). *Elegía cívica* (1930).

La sexta edición de EL ERIAL, por Cons-tancio C. Vigil, Buenos Aires, 1933.

A \$ 5.00 se consigue con el Adr. del *Rep. Am.*

Cortesía de los autores:

Casada... y sin marido. Novela por Gregorio Sánchez Gómez. Editorial AMERICA-Cali, Colombia. 1934.

Juan Manuel Ruiz Esparza: *Lintel*. Poesías. Editorial «Cultura» México. 1934.

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, puede Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).

Con el autor: Edif. Banco de Londres, Desp. 29. Av. 16 de Setiembre, N.º 38. México, D. F. México.

Abelardo Bonilla "*La crisis del Humanismo*". Publicaciones de «La Hora». San José de Costa Rica.

Emilio Ballagas: *Cuaderno de poesía negra*. Ilustración Ravenet y González Puig. Sta. Clara, Cuba. Octubre de 1934.

Carlos Collins Bunster: *Romancero del ansia*. Grabados en linoleum de Osvaldo Salas. Imp. Nascimento, Santiago de Chile, 1934.

Marcos Victoria: *El viajero y los paisajes*. Primera serie, Buenos Aires. 1934.

Con el autor: Neuquen, 216. Buenos Aires, Rep. Argentina.

G. González y Contreras: *Rojo en azul*. Poemas Habana. 1934.

Cárdenas. Vidas revolucionarias. Habana. 1934.

En los puestos constructivos de la revolución. (Calles, el estafista). Habana. 1934.

Americanismo esencial (J. M. Puig Casauranc y la política contien-tales.) Habana. 1934.

A. de J. Calvo: *Lo íntimo*. Poemas. Habana. 1934.

Fernando Binivignat: *Cántaro*. Poemas. Ediciones «Vertebra».

Con el autor: Casilla 6 D. La Serena. Chile.

Agenor Argüello: *La garra yanqui*. Ahuachapán. El Salvador. 1934.

Manuel F. Ortiz: *Faunia*. Poesías. Cuenca, Ecuador.

Dos traducciones útiles:

Del francés, y por el Dr. F. Carrera Justiz: *La elaboración de una ciencia municipal y las enseñanzas de sus disciplinas*. Por M. W. Oualid. La Habana. 1934. 1935.

Del inglés, y por Pablo Carrera Justiz: *Aeropuertos.— Situación.— Administración, Problemas Legales*. Por Henry V. Hubbard. Miller Mc. Clintock y F. B. Williams. Habana. 1934.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

En el 1^{er}. centenario del nacimiento de Ignacio Manuel Altamirano

(Discurso pronunciado por el Prof. RAUL CORDERO AMADOR en la Ronda de los Hombres Ilustres, México, D. F., el 14 de noviembre de 1934).

= Envío del autor.—Transcripción taquigráfica de Elisa Knöcker =

Señoras y señores:

La hora de la completa y serena justicia ha llegado para el eminente pensador, para el immaculado liberal y para el apóstol de la Reforma: el Maestro Ignacio Manuel Altamirano.

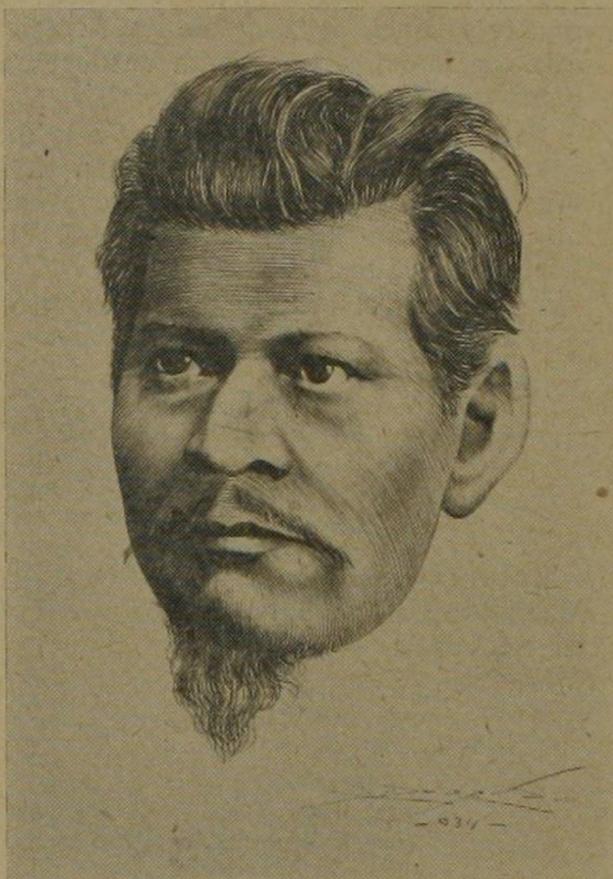
En nombre de esa Institución Liberal que ha sido tan injustamente vilipendiada, por quienes hablan de ella sin conocerla; pero en cuyas filas han militado los Bolívars y los San Martines; los Allende y los Martíes; los Juárez y los Ramírez, los Altamiranos y los Dengo, y muchos más que han enseñado a los pueblos a vivir con decoro. En nombre de la Masonería Universal, vengo, —con el orgullo propio de todo amante de las causas nobles—, a decir mi pobre palabra por el varón purísimo a quien, en el centenario de su natalicio, el Gobierno de la Revolución, rinde el más merecido y sincero homenaje.

Pretendo hacer luto en mi pensamiento, para el breve discurso, con que debo despedir esa Urna sagrada, que la ciudad desde hace tres días ha colmado; bien con el dulce canto de los niños; ya con el pensamiento alado de la mujer delicada; ora con la nota épica de las bandas de guerra; ora con la palabra sabia de los maestros, y con la dulzura hecha melodía de los cantos. Pero no, aunque las banderas estén a media asta, no lo están los corazones; y aunque hay coronas, lo son de triunfo, no de muerte. Depositar las cenizas de Ignacio Manuel Altamirano en la Ronda de los Hombres Ilustres, es depositar un sol, que levantará todos los días, por el horizonte, su copa de oro!

No debe haber lágrimas en los ojos, ni congojas en el corazón, ni es el himno de tristeza el que debemos entonar, sino el Pean.

La misma Tétis no profiera ya sus lamentaciones maternas, cuando resuena: ¡lé Pean! ¡lé Pean! Estas son palabras de Calímaco, que expresan con feliz viveza el sentido que se daba a la exclamación tan repetida en los himnos en honor de Apolo. ¡lé Pean! era por excelencia el grito de alegría. Resuene para Altamirano, también hijo de Apolo, nuestro Pean.

Hora de triunfo es la que estamos viendo. Se trata, señores, de un hombre que culminó en hechos, dignos de un titán. Desde miserable condición social, llega, en medio de la tormenta de hierro y de fuego, en su afán por saber más y por servir a la patria, hasta la cumbre excelsa de la sabiduría y de la virtud. Estudia con ahinco y ya de adolescente asombra a sus maestros por su dedicación y clara inteligencia. Muy joven escribe, siguiendo la corriente de la época y su propia sensibilidad, —es un romántico— atemperado por la claridad greco-latina que profundizó.



Ignacio M. Altamirano

Dibujo de Durand

Cabeza india

Por MAURICIO MAGDALENO

= De El Libro y el Pueblo.—México, D. F. =

Quizás fué Ignacio Manuel Altamirano el hombre que más vigorosamente influyó en las corrientes culturales de México, durante el pasado siglo, sin excluir ni al Nigromante, ni a Barreda, ni al propio Justo Sierra. Para medir el área de tan ancha influencia, basta abarcar el grado de fervorosa adhesión que dos generaciones prestaron a su palabra, el lapso tan trascendental en que le tocó actuar, y la importancia de las ideas que se elaboraban al calor de la Reforma. Cuando su existencia no se agita en el trajín de las guerras liberales, es una pura ansia civilizadora la que le sacude el paso. En la cátedra, en el periódico, en la tribuna del Liceo o Ateneo, en la novela, en los versos, señala apasionadamente su garra fecunda. El tipo humano se nos vuelve, sin disputa, magnífico representativo de la segunda mitad del pasado siglo. Su sangre india le cede un intenso arraigo a la tierra, de cuyas vibraciones es expresión su obra entera. Revolucionario combatiente, da sus mejores años a la política, de la que llega a ser pro-hombre y de la que se evade, viejo y pobre, para marchar a Europa. Aquella solidez con que se ahonda en sangre y espíritu en la entraña de la raza indígena, le envuelve en un aire peculiar, personalísimo. Su vida pública apenas se desprende, nunca, de la realidad mexicana. Sus discursos de la Cámara son certeros, al definir y al analizar. Su tarea de escritor —así esté tan vecina al giro romántico de la época—, no se deja contaminar de esa flébil laxitud sentimental tan del gusto de los de su generación. Es límpida, concienzuda, purgada de deliquios,

(Pasa a la página 59)

Llegan los días de la Reforma; entonces sus estrofas pasan como huracanes, que tras de sí, dejan el odio de los azotados, y el entusiasmo renovador de los inconformes. Sube a la tribuna; asombra por su rebeldía y por su vibración sublime:

“Con toda la conciencia de un hombre puro, con todo el corazón de un liberal, con la energía justiciera del representante de una nación ultrajada, levanto aquí mi voz para pedir a la Cámara que repruebe el dictamen en que se propone el decreto de amnistía para el partido reaccionario.

“Y pido así, porque yo juzgo que este decreto sería hoy altamente impolítico.”

Ninguna contemplación acepta. La Revolución no debe ponerse de rodillas frente a la reacción, y por eso continúa:

“Yo os ruego, legisladores, que pongáis la mano en vuestro corazón y que me digáis: ¿podrá haber amistad alguna entre el partido liberal y el reaccionario? ¿Se unirán los hombres del siglo xv con los del siglo xix? ¿Los hombres y las fieras?”

“No: ellos o nosotros; no hay medio.”

Este discurso transforma a la Asamblea, cuando la voz del indio suriano termina diciendo:

“Si pensáis que ese partido está débil, os equivocáis; carece de fuerza moral, es cierto; pero tiene la física. Se han quitado al clero las riquezas, pero no pueden quitársele sus esperanzas; y sobre todo, esos bandidos que capitanea Márquez, acabando de rumiar el último pan del clero, se lanzan ya sobre la propiedad de los ciudadanos, y ved qué porvenir se espera a México todavía por algunos años, si la mano terrible de un gobierno enérgico y poderoso no viene a salvar la situación.”

¡Cuánta visión y cuán justo era y sigue siendo el pensamiento del Maestro, que sin avergonzarse de su origen humilde, se desgarraba el corazón al recordar las miserias de los suyos: “El indio era la bestia del encomendero, y el esclavo del fraile. El bajaba al fondo de la tierra, para arrancar el oro que enriquecía al conquistador, y que le producía a él, la muerte en la mitad de la vida... En los campos y en los bosques, vivía como un paria; en los campos regaba con el sudor de su frente, como el ilota de Esparta, la rica sementera de su señor; y en el pueblo vivía en el suburbio, bajo la suspicaz vigilancia del subdelegado y del cura. Se le dejaba la minoría para tenerlo en tutela, y el placer de la embriaguez para consumirlo por la fiebre y el vicio”. Y con la sinceridad dolorosa añade: “¡Ay

(Pasa a la página 60)

Martí y Lenin

Por JUAN MARINELLO

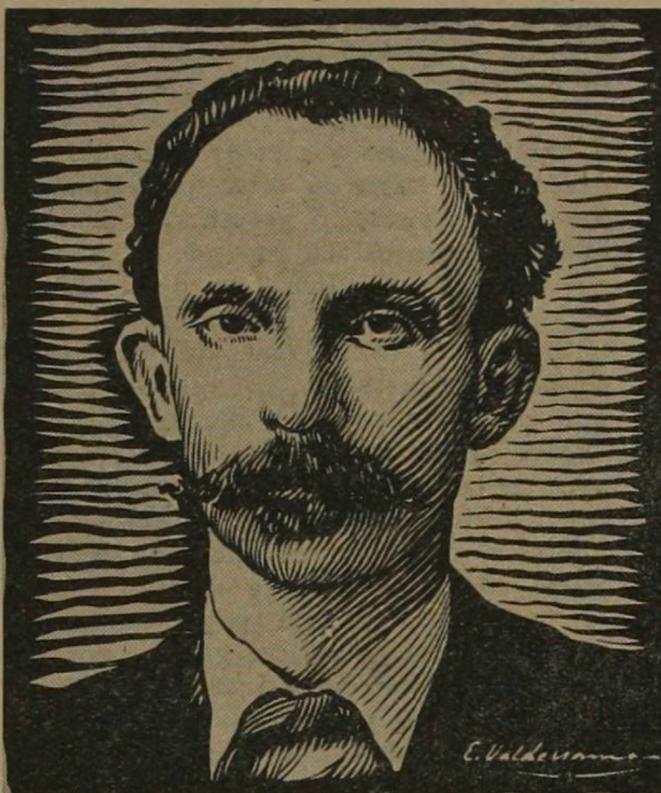
= De Masas.—La Habana, Cuba =

Las más eminentes representaciones de la reacción en Cuba, el ABC y el Partido "Afirmación Nacional", ambos en trance de desintegración, quieren poner de moda, con la intención torcida que se supondrá, cierto clisé perturbador: "Martí contra Lenin". En carteles callejeros, en lemas, en artículos, en dibujos, en propaganda radiada, están popularizando la absurda consigna. Con ello se pretende movilizar la cálida adhesión que siente el cubano por el héroe de Dos Ríos contra el sentido clasista de la teoría de Marx, por Lenin llevada a triunfal culminación.

Hay que reconocer cierta capacidad demagógica a nuestros reaccionarios. Por lo menos, se dan cuenta cabal de dos cosas: de que la devoción apasionada que inspira la figura dramática de José Martí — hombre romántico, liberal y democrático — puede ser puente hábil para que sus admiradores abracen, empujados por la magia de su verbo, un ideario político inactual. Saben además abecedarios y "afirmistas" que, por razones históricas que en seguida veremos, hay en Cuba posibilidades magníficas para los confusionismos fructuosos. Los pescadores de río revuelto poseen una pericia especial para enturbiar todas las aguas. De otro modo no picaría ningún pez. Con nuestra manigua ideológica está pasando lo que con la otra: que su tropical desarreglo parece hecho para ocultar toda clase de oportunistas y simuladores. Por eso interesa de vez en cuando abrir trocha franca y derecha. Si al hacerlo salen a luz ciertas posturas poco honorables no será por culpa del chapeador.

Persiste en Cuba, como en pocos parajes del Continente, el nacionalismo retrasado, gritón, formal y palabrero que encienden y alimentan a cada minuto los líderes de la reacción. Patriotismo de mano al pecho, himno bayamés y referencia emocionada a los libertadores del 68 y del 95. Claro que los que tal patriotismo fomentan acuden a "mediaciones" yanquis cuantas veces conviene a sus ambiciones de poder, visitan la Embajada para obtener la venia de sus actitudes y articulan leyes encaminadas a acallar, entre rejas y balas, el clamor íntimamente popular que quiere una independencia nacional que, sin recuerdos a Mal Tiempo y Las Guásimas ni zalemas a Mr. Caffery, ofrezca el pan de todos los días. El patriotismo, la independencia cubana, interesa a los abecedarios en lo que les es conveniente: en cuanto adormece, con mirajes al pasado, urgencias inaplazables de la masa miserable. Y se olvidan de la patria y de la soberanía — dándole el mando de lo nuestro al Embajador de Washington — tan pronto la agresión a nuestra personalidad nacional supone un reforzamiento del estado económico-colonial en que asientan su condición de privilegiados.

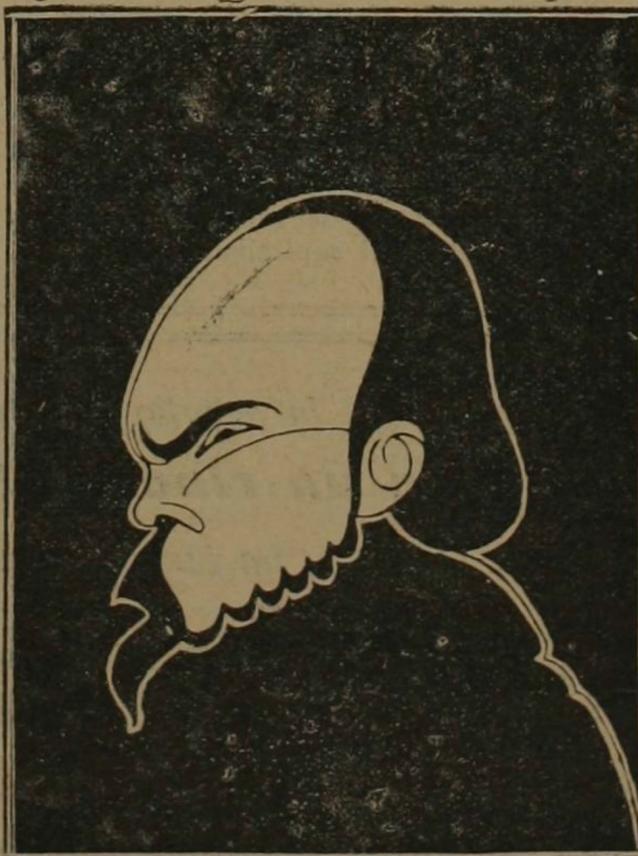
Si no existieran razones profundas para ello nada podrían los jefes de la reacción en su interés por dar cuerpo robusto a ese patriotismo huero e ineficaz. Cuba ha vivido, como se sabe, retrasadamente su evolución política.



José Martí

Dibujo de E. Valderrama

Dejó de ser colonia española — para serlo estadounidense — casi un siglo después que las tierras hermanas del Sur. Eso determinó un sostenido anacronismo en los criterios políticos de sus masas realizadoras. Cuando en otras Repúblicas hispanoamericanas se habían advertido ya las grietas insondables del ídolo democrático, cuando hombres de excepción habían lanzado el alerta sobre la fuerza definitiva del capitalismo financiero, Cuba se lanza a su última guerra contra España. Esta guerra tenía su guiador, su pensador, su filósofo político, en José Martí. El Manifiesto



V. I. Ulyanov-Lenin

de Montecristi, tanto como las Bases del Partido Revolucionario Cubano — obras martienses — dicen bien a las claras cuáles eran las orientaciones centrales de la República que se forjaba en la manigua: libertad, fraternidad, igualdad, otra vez. Es decir, que Cuba, al trasponer el siglo XIX, andaba deslumbrada por los mismos ideales políticos que enardecieron a los franceses al tramontar el siglo anterior. La gran palabra de Carlos Marx no había sido dicha para nosotros, isleños americanos formados no ya en la Enciclopedia ni en Víctor Hugo sino en las traducciones castelánicas de uno y otra.

Sería infantilismo censurable volvernos iracundos, a estas alturas, contra nuestros padres mambises porque no oyeron en su día las afirmaciones irrefutables del Manifiesto Comunista. La verdad es que no podían oírlos. El marxismo era entonces una teoría político-económica, no un motor de la inquietud social. Ciertamente que hombres avisadísimos advierten para nuestro caso, desde antes de 1900, la inutilidad del esfuerzo heroico de nuestros insurrectos y el anacronismo flagrante de su postura. José Ignacio Rodríguez profetiza en buena parte el obligado fracaso de la obra martiana. Y, cuando un grupo de cubanos distinguidos se acerca a Paul Lafargue — mulato de Santiago de Cuba y yerno de Marx, como se sabe — éste hiela el entusiasmo de los comisionados al expresarles con rudeza agresiva que le interesa más el resultado de las elecciones en el último barrio de París que la independencia de Cuba. Pero si los postulados marxistas no eran ponderables en la política de Francia, ¿podrían serlo en una isleta antillana? Advértase, por otro lado, que teníamos muy cerca un ejemplo de grandeza democrática que debía, por fuerza, polarizar las miradas y los anhelos colectivos del cubano: los Estados Unidos, que daban, para el observador "normal" la impresión del triunfo decisivo del ideario francés de 1789. El propio Martí anota, en sus crónicas maravillosas sobre la vida yanqui, los perfiles viciosos que el capitalismo inserta en la vida política de Norteamérica, pero, idealista impenitente, fía en que la propia democracia curará sus dolencias. Como para él lo determinante en el proceso histórico no es lo económico sino lo moral, se afirma cada día más en la creencia de que el sentido político del anglosajón — que es, en definitiva, una eficaz moral colectiva, — se sobrepondrá a los excesos del dinero. Y, hombre sincero y de preocupación desasosegada por el mañana cubano, propone a sus compatriotas, con las naturales diferencias locales, el modelo yanqui en lo que tiene de buena cristalización del credo igualitario y liberal.

Una larga meditación sobre el pensamiento político de José Martí nos ha llevado a la conclusión de que no es un creador de formas nuevas. La capacidad innovadora, genial, de nuestro gran hombre cae en el terreno artístico. La ausencia en Martí de una interpretación personal, inédita, del proceso social en

nada invalida su condición de hombre impar. Más aún: determina en buena medida su real grandeza. Porque, el realizador de una obra revolucionaria, el líder, no puede tener tiempo ni temperamento para detenerse a estructurar teorías nuevas. La teoría revolucionaria, si es verdaderamente nueva y distinta, no encuentra el acogimiento inmediato y fervoroso de las masas. En las masas ha de existir de antemano la conciencia de la verdad que la teoría encierra. Cuando Lenin realizó magistralmente los postulados de Marx —treinta años después de la prédica martiana— el marxismo era ya en las masas europeas, incomparablemente más avanzadas y capaces que las masas mambisas del 95, inquietud motora. El más retrasado obrero o campesino "sabía" de las cosas que Lenin le hablaba. La resonancia activa estaba asegurada. En nuestra isla y en la década de más encendida militancia martiense, de 1885 a 1895, hubiera sido absurdo hablarle a los cubanos de política clasista aunque el líder hubiera, milagrosamente, advertido la verdad incontrovertible del marxismo. José Martí cumplió a maravilla su rol de conductor, de gran político de realidades. Llevó a las masas donde podían ir en su momento. Si es un gran fracasado, porque, en efecto, su sermón idealista y democrático no ha podido tener vigencia, es debido a causas situadas sobre su voluntad y sus fuerzas. Se debe a ese "destino irónico de lo cubano" de que ha hablado con tanto acierto Waldo Frank, a nuestro retraso lamentable de tierra colonial donde pugna por vivir desde muy antiguo una economía ajena y deformada, madre de una mentalidad política condigna. La República "con todos y para el bien de todos" que quería Martí no ha podido integrarse, no sólo porque es imposible persistiendo la economía capitalista sino porque —terrible sino el del gran romántico— en el instante en que desencadena la última guerra contra España cambia la intimidad de esa economía y comienza a vivir su momento culminante, el imperialista. No se olvide que es Lenin quien señala la guerra hispano-americana, la que Martí ha preparado, como instante de arranque de la etapa imperialista del capitalismo. Y esta etapa es, ¿quién lo ignora ya? la que determina una monstruosa estructura en tierras de explotación financiera como la nuestra. Sarcástico sino el del hombre que está soñando una existencia de respetos e igualdades, de "dignidad plena del hombre", para su isla cálida, mientras a su espalda está creciendo una agresiva fuerza económica que hará imposible lo soñado!

La recto y limpio es entender a Martí — y respetarlo y admirarlo mucho, cada día más — en su rol de gran fracasado, de hombre magnífico, traicionado, como tantos idealistas, por el poder omnímodo del dinero. Admirarlo así, sólo en el valor permanente de su vida de hombre, vale tanto como dar la espalda de una vez a sus doctrinas. Eso debemos hacer. A nadie como a él, si pudiera verlo, alegraría tan plenamente

esta obligada y conveniente negación. El también, como el filósofo de Grecia, levantaría la copa del brindis por el Maestro con fuerzas bastantes para vencerlo en el espíritu de sus discípulos. Es que él descubriría en esta negación, además, su propio pensamiento. El dijo, al morir Carlos Marx, que sus seguidores no entonaban cantos de paz, él repitió mucho que el proletariado no descansaría hasta su total liberación, él gustaba de decir, en genial anticipación, que "el genio estaba pasando de personal a colectivo" y que "una de las cosas más monstruosas de nuestro tiempo era la ignorancia de las clases que tienen de su parte la justicia". El quiso ser, según confesión propia, "abogado de humildes" y "echar su suerte con los pobres de la tierra". Sus caminos le fueron traidores. Fué sin saberlo y sin quererlo, abogado de los poderosos. Hasta en lo concreto de su obra vemos al negociante yanqui encendiendo su fuego evangélico para ganar, por su obra, en la República futura, un buen mercado a sus productos, para caer sobre la presa isleña con la capacidad técnica y financiera de su pueblo invasor. ¿No hemos visto a mercachifles grotescos como Horatio Rubens trabajar con Martí en la última guerra separatista con vistas a sus inversiones futuras y explotar después en plena "República democrática" su amistad con el Apóstol?

Si la ilusión liberal y la fe democrática tienen una perfecta explicación histórica en los colaboradores de José Martí, no pueden ser hoy sino posturas interesadas. Las generaciones actuales han presenciado hechos y aquilatado fenómenos desconocidos para Martí y sus discípulos. El líder del 95 murió sin haber visto producirse, con matemática puntualidad, las características de la etapa imperialista anotadas por Lenin. En los días de Martí el dinero del Norte comenzaba a deformar las economías semicoloniales del Caribe, pero no era, como ha sido después de su muerte, el elemento decisor de la vida colectiva. Martí advirtió mil veces el peligro de la absorción económica y, refiriéndose especialmente a México, que ya había echado a España de su seno, señala como tarea central de sus gobernantes la acción contra el capitalismo del Norte.

Recuérdese: "Por el Norte, un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para tus lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas." El señalamiento del peligro, como la gallarda rebeldía están, desde luego, teñidos de consabido color romántico. No podía ser de otro modo. Carecía Martí de la herramienta marxista y tenía fe encendida e ingenua en el poder del espíritu. (Una idea justa flameada a tiempo —dijo—, puede detener, como la bandera del juicio final, a una escuadra de acorazados.) No podía señalar como único remedio eficaz para invalidar la invasión económica la destrucción del sistema que la producía ni propugnar la Revolución dirigida y realizada por los que, al sufrir permanentemente los efectos de la invasión, son los llamados históricamente a vencerla: los obreros y los campesinos.

Los líderes de ABC, como los de la "Afirmación Nacional", de la "Joven Cuba", del "Partido Aprista" y del "Auténtico" y de otras organizaciones igualmente demagógicas, se saben de corrido que el ideario martiano es no sólo insuficiente para resolver la actual cuestión cubana sino que significa, caso de ser abrazado por nuestras masas, el retraso más lamentable de la solución verdadera. Pero, ¿qué han de hacer esos líderes si tienen la evidencia de que una acción verdaderamente revolucionaria de las masas tendría como consecuencia primera barrer una realidad colonial que les permite la situación que ahora gozan de parásitos bien retribuidos del poder económico de los Estados Unidos? Esos líderes saben que no pueden mirar cara a cara al mañana. Por eso se refugian en el pasado y se apoyan en los "hombres sensatos que tienen algo que perder". (Es interesante que un abecario distinguido nos señalara cómo siempre estaba de acuerdo con los padres de sus amigos...) Los viejos políticos y, mejor, esos hombres sin política pero con vientre abundante, ven,

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

en estos jóvenes traidores a su tiempo, sus salvadores providenciales. De ahí que los mimen, alienten... y financien. Ya lo dijo ese mismo Martí, cohonestador inocente ahora de estas turbias posturas: "Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto a veces por especial merecimiento del recluta, cuanto porque, necesitados los que anhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso..." Las ideas de Martí, bien lo saben los hábiles líderes, son ya "ideas vencidas". Las ideas políticas vigentes son siempre hijas de la clase dominante. La burguesía trajo el liberalismo, el romanticismo y el espejismo democrático. La burguesía es ya una clase tan vencida como las ideas que trajo. Si los jóvenes reaccionarios de Cuba — abecedarios, afirmistas, nacionalistas, apistas, menocaleros, auténticos, guiteristas... — confesaran lealmente que por saberse y sentirse ubicados en la burguesía, han de ser servidores del mundo en putrefacción, tendrían al menos sinceridad y podrían, con innegable consecuencia, hacer uso a todo rejo de los postulados martienses. Serían fieles a la letra de Martí, aunque seguirían siendo traidores a su espíritu. Porque nadie como el guiador del 95 tan convencido de que "cada tiempo trae su faena" y de que querer resolver cuestiones de ahora con criterios de ayer es, por lo menos torpeza insigne.

Las ideas revolucionarias andan mientras tienen algo que hacer en el mundo. Las de Martí nada tienen que realizar ni pueden servir más que como trampolín de oportunistas. Las ideas de Lenin, como aún no tienen realidad, poseen genuino impulso revolucionario. Aunque es absurdo situar una figura histórica frente a circunstancias que desconoció — y ya sabemos cómo la circunstancia hace la idea política —, porque la figura histórica surge, precisamente, de la conjunción de los imperativos del instante y de las cualidades personales, sí se puede, conociendo plenamente la calidad de un espíritu imaginar sus reacciones fundamentales frente a los hechos. No hay que dudar de la postura que José Martí asumiría de vivir ahora. Es imaginable que el magnífico rebelde tomara la posición cómoda de los que medran del mundo que precisa destruir? ¿Puede suponerse por un instante que el hombre apostólico que en él hubo se pusiera, en este cambio de frente de la humanidad, del

lado de los que quieren perpetuar un gran crimen? ¿Cabe pensar en José Martí, hombre de pie, de rodillas ante la Embajada, amigo y enemigo —según la conveniencia— de un sargento aventurero? Martí, de vivir hoy, no hallaría más que una posición justa, la misma que ocupó en su tránsito terreno: al lado "de la mayor justicia y del mayor

dolor". Y cómo castigaría, con aquellas sus palabras de ira sagrada a los guerrilleros y autonomistas de ahora! Y cómo estaría junto a los que, siguiendo a Lenin, realizador de Marx, saben que la Revolución no es una peripecia afortunada sino la pugna acerada e inacabable por una humanidad sin opresores ni oprimidos.

Cabeza india...

(Viene de la página 56)

toda plena de energía —energía que exagera un tanto el contagio de su viva nota retórica—. Como orador, es el primero que da un tono de legítima suntuosidad a la palabra, en México. Sierra y Urueta tienen mucho que ver con los mejores discursos de Altamirano.

El tipo físico es hermoso en la plástica, y ya de suyo posee calidades de estatua. Bronceado y nudoso, de firme pelambre negrísimo, que a la hora de la arenga exalta de sobresalto el ademán, es un puro resplandor de los ojos incisivos y tajantes, algo emboscados a la mitad de los pómulos prominentes, y la frente grave, algo estrecha. Soberbio tipo indígena de inequívoca gleba, tan legítimo como la aridez desamparada de los yermos de cactus, como la tristeza de los caminos reales, como el rumor de las noches del trópico. La característica indígena se funde, en Altamirano, con el noble estilo occidental de su cultura, y de allí brota, poderoso de personalidad, el aire que inviste en acción y pensamiento a aquel civilizador. Se trata, en realidad, del caso más cabal de la raza autóctona, que surge en un ambiente y un instante poco propicios, y tras de acomodarse en el ritmo criollo —rehacio y hostil a todo lo que huele, siquiera de lejos, a plebe—, se apodera de su instrumental y lo hace apto para emitir su expresión. Altamirano es la pléora munificia de la geografía del Sur de México, la impasible melancolía de nuestra meseta, el rictus de las viejíssimas razas que desplazó la Conquista, el vértigo romántico de las selvas del Río del Papagayo, y el sentido panteísta de las liturgias inmemoriales, más el espíritu de Occidente a la mitad del XIX, en plena función catequizadora —ruptura de la fe religiosa, liberalismo al rojo blanco, Hegel y Byron, Nietzsche y Leopardi, Comte y Hugo—.

La historia biográfica se ayunta, como en el caso de Juárez, con la leyenda. Leyenda reminiscente a lecturas para niños, en que el pequeño hijo de una familia indígena de Tixtla tiene una hambrienta necesidad de saber, y logra ir a la ciudad, a la escuela, a la disciplina de los libros. El mismo Altamirano lo relata. A pie desde el pueblo guerrerense hasta Toluca, él y su padre hacen las duras jornadas del viaje, durmiendo al ras del cielo. En Toluca va a dar al Instituto Científico y Literario —centro promotor, a la sazón, de una vertiginosa actividad cultural y política—. Va a dar con Olaguibel, con el Nigromante. Queda señalado el cruce donde confluyen, para no separarse ya, las dos vidas magníficas. Del Instituto saldrá a la Guerra de Tres Años, a la Cámara de Diputados, al periódico, al combate contra el partido conservador. Su vida tiene algo —un dejo exterior, al menos, pero del que no cabe desentenderse— de un self made man. Un self made man, mas de imponderables calidades espirituales. Ni rey del caucho, el carbón o el petróleo, sino director del pensamiento de dos generaciones que se amaron con adhesión caliente y le llamaron maestro. El maestro Altamirano, uno de los cuatro o cinco maestros de México, jalón

cuya trascendencia desborda hasta el primer tercio de la etapa porfirista.

Como Ramírez —pero en una proporción mucho más definida—, Altamirano es un refinado. Las viejas razas propietarias del suelo de México, al reventar, de vez en vez, en algunos de estos tipos representativos, suelen abundar en auténtico refinamiento. El indio que logra sacar el cuerpo del ahogo de su raza abandonada, y que se pone en contacto con las formas occidentales, es dueño de un aire cultural, espiritual, labradísimo, suntuoso y deslumbrante. El genio indio, creador del prodigio churrigueresco del Sagrario capitalino y Tepotzotlán — a través de los cuales monumentos opera la trasposición del laberinto de la Piedra del Sol—, corre a chorros en las manos de Altamirano, artífice. El sentido de tal rica factura deviene, en el autor de "Clemencia", en una acendrada actitud oratoria. Ni sus novelas ni sus escritos científicos escapan a la feliz vena del tribuno, bien que, al correr de la pluma, se bifurcan en los giros de un estilo de inusitada limpidez, antes que entregarse al fácil vasallaje del acento sensible que llenaba cumplidamente el gusto de aquellos años. Si tenemos que aceptar a Altamirano como a uno de nuestros escritores románticos, es ineludible deslindar, antes que nada, la índole sana, a pleno aire y a pleno sol, de su personalísimo romanticismo. Su prosa es, seguramente, la más definida en valores, de todas las de su época. Antes de Delgado, antes de la nerviosa fiesta del Duque Job, antes de los prosadores de fines del pasado siglo, la de Altamirano gana prominencia legítima. Todo lo demás, o es el yerto y anquilosado divagar de los clásicos del partido conservador —Pesado, Roa Bárcena—, o es el sabroso enredo costumbrista e histórico de los del bando revolucionario —Payno, Mateos, Riva Palacio—. Altamirano aparece, a medio campo literario, con prestigios de un equilibrio mesurado, comprensivo, abierto. Sus mismas calidades — calidades humanas de primerísimo orden—, denuncian su posición: amor, ternura, claridad, emoción. Novela y verso, en manos de este maestro, son una pura sustancia cálida, efectiva. Y, conforme traspone linderos de la hoguera revolucionaria y se adelanta en la calma que procede a la victoria de Teacoac, más y más se definen las caracterís-

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

HA APARECIDO

¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Valor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicitarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

Pedidos de más de diez ejemplares recibirán
un descuento de veinte por ciento

ticas de serenidad y reflexión del novelista de los plateados de Yauatepec.

De sus tres libros esenciales —“Clemencia”, “El Zarco” y “Navidad en las montañas”—, el segundo trascendió el área ordinaria de los libros mexicanos, y sus ediciones se repitieron denodadamente, desde su aparición, allá por los años del noventa y cinco, hasta los días actuales, en que su frescura y su fuerte naturalidad le llevaron al cine. “El Zarco o los Plateados”, el Plan de Amilpas a mitad del XIX, selvas de perfumes y rumores y entes brutales y apasionados, diligencias en sobresalto, Juárez y el Imperio, chinacos y mochos, cuánta calurosa añoranza emana ese libro ingenuo y —todavía— grávido de emoción. Hasta nuestra hora llega su olor a tamarindo y chirimoyo, trastocado en una vulgar anécdota de bandidos de Hollywood, en “El tigre de Yauatepec”, segunda edición de un film, también mexicano de hace diez años.

Cuentos, crónicas, artículos de combate, disquisiciones científicas o literarias, Altamirano llena buena porción de las columnas de la prensa liberal, desde aquel primer “Monitor Republicano” de García Torres, hasta “La Tribuna”, que llega a alcanzar una enjundia y una altura excepcionales bajo su propia dirección. Al acabar las luchas contra la invasión y el Imperio, sólo le queda a su pesado desengaño el refugio de los periódicos. A su pesado desengaño y a su pobreza, porque el severo maestro de la generación que a la sazón asaltaba el poder, vivía un ocaso desamparado. Debe haberse acogido a la diplomacia consular como quien se evade de lo que fué suyo, de lo que fecundó con sangre y anhelos, y que ve caer en manos advenedizas. En España, en Francia, en Italia, su figura exiliada marca el

viento de los días de la Reforma, viento de tormenta que se apaga, casi de golpe, al apagarse la generación del 57, de la que es Altamirano uno de los más claros sobrevivientes. En el corazón de Italia, que es el corazón de Occidente —al que sumó con tanta nobleza su grande alma india y en cuyo ritmo armó el cuerpo de su tarea creadora—, muy lejos de la tierra a la que dió la soberbia palpitación de sus pasiones, caía blandamente la voz civilizadora, mientras inicia el general Díaz su cuarta reelección.

BIBLIOGRAFIA DE IGNACIO M. ALTAMIRANO

Revistas literarias en México. México. Invierno. Clemencia. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. 1869.—Rimas. México. Tipografía Literaria de Filomeno Mata. 1880.—El Salón en 1879-1880. Impresiones de un aficionado. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. 1880.—Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México. México. Imprenta y Litografía Española. 1884.—Memoria presentada a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en enero de 1880. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. 1887.—Biografía de Ignacio Ramírez. México. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. 1889.—La Navidad en las Montañas. París. Biblioteca de la Europa y América. 1891.—Obras. México. Victoriano Agüeros, editor. 1899. (Biblioteca de Autores Mexicanos. Tomo 21.)—El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-1863. Novela póstuma. Prólogo de don Francisco Sosa. México. Establecimiento Editorial de J. Ballester y Cia., Sucr. 1901.—Discursos, Crítica. Selección y palabras de Carlos Pellicer C. México. Cvlvra. 1916. — Discursos patrióticos. Selección y prólogo de Manuel Toussaint. México. Cvlvra. 1932.

cito: “Si hay un lugar destinado a los manes del hombre virtuoso; si como piensan los sabios, las grandes almas no se extinguen con el cuerpo, reposa en paz; y elevándonos, a nosotros que somos tu familia, sobre los vanos duelos y pusilánimes lamentaciones, llámanos a la contemplación de tus virtudes”.

Sus virtudes por excelencia fueron las cívicas. Fué novelista para exaltar el paisaje que sirve de fondo al ciudadano que engrandece la patria. Fué orador para levantar su voz clamando justicia para una raza inteligente, dulce y desgraciada. Fué poeta para hablarnos de sus bosques, de los ríos que llaman los pies a las palmeras, y lo hizo en acentos suavísimos que recuerdan el canto de los zenzontles. En una palabra, el artista estaba subordinado al patriota. Como maestro, como escritor, como orador y como soldado, siempre tuvo presente la imagen de la Patria.

He aquí, señores, por qué la Masonería lo cuenta entre sus hijos predilectos: un afán de superación constante y de servicio; entusiasmo renovado; anhelo de mejoramiento; lucha contra el obscurantismo, la hipocresía, las tiranías y los dogmas. Sin dejar por esto de propugnar por la fraternidad universal, cuando después de las cruentas luchas de la Reforma agrupa a los escritores sin distinción de credos políticos, o regalando a sus discípulos con la miel de los poemas de los hermanos de Centro y Sud-América para conseguir así la fraternidad continental. Todo en el Maestro Altamirano era una embriaguez de luz, de auroras del mediodía, y una canción matutina a la Vida y al amor de la Patria.

¡Por eso, Hermano y Maestro Altamirano; mientras existan los hombres de tu raza, las cumbres de tus montes; “así, de hermano en hermano, mientras el mundo viva, el eco de tu nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas, y si no hemos de saber ser dignos de ti, haz que perezcamos en uno de los cataclismos que tú amabas tanto!”

En el 1^{er}. centenario del nacimiento de Ignacio...

(Viene de la página 56)

cuántos de mis abuelos gimieron en esta situación, y cuántos dolores me han transmitido con su sangre”.

Este indio noble, para evitar que su México fuera de nuevo colonia, fué a la guerra, expuso su vida en los combates y dijo arengas que eran poemas de gloria y de esperanza, despertando la conciencia cívica de los ciudadanos. ¡Oh, Altamirano, todavía tienes mucho que hacer entre nosotros!

Después el periódico y la cátedra fueron testigos de su valor civil; los ídolos y los dogmas volaban hechos polvo por la fuerza de su pensamiento. Y aquí fué Maestro, trabajó contra la escuela que imperaba: la del precepto.

Altamirano detestaba las tiranías intelectuales. Iba contra los preceptos porque éstos niegan el arte libre. La regla se ha ensañado contra Homero, Shakespeare, Hugo y Darío. En charlas amables, ironizaba a los académicos y a los dogmáticos por ser representantes de la esclavitud del pensamiento, lo mismo que combatía a los esclavizadores de pueblos. Por eso para él “debieran hacerse catedrales, porque los edificios grandes entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de rito, a que los hombres se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora obscura, y son, más que catedrales murallas, y más que altares, parapetos; sino una arquitectura nunca vista, donde se consagra la redención del pensamiento

humano y fuese el entrar en ella, como en la majestad, y sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce: “¡y las puertas siempre abiertas!”, como dijo Martí, ese otro hermano en el Arte Real.

A este hombre, “cuya vida se parece a nuestros volcanes: hunde su base en los abismos de la humillación popular y alza su cumbre hasta las alturas luminosas del triunfo”, debemos recurrir en horas como ésta, y afirmar con Tá-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

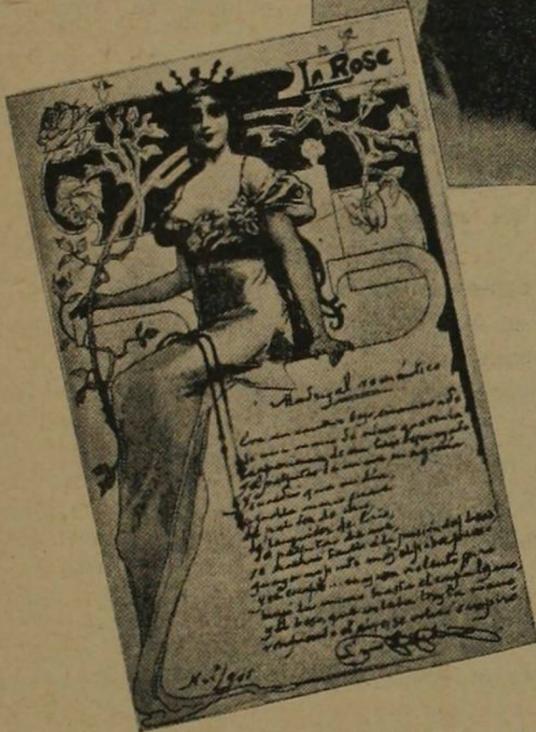
RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Luis G. Urbina

Por RUBEN YGLESIAS HOGAN

= Envío del autor. San José, Costa Rica y enero de 1955. =

El gran poeta mexicano Luis G. Urbina, fallecido en Madrid en noviembre del año pasado.



Un interesante manuscrito de Urbina: original del famoso «Madrigal Romántico», una de sus más celebradas y populares composiciones.

En noviembre pasado falleció en Madrid, el gran poeta mexicano Luis G. Urbina. Con la desaparición de quien fué llamado con justicia "el último de los románticos", se cierra ese ciclo de la literatura hispanoamericana que incluye en México nombres que, como el de Gutiérrez Nájera, conquistaron una popularidad continental apenas igualada.

No pretendemos, ni habría justificación para ello, esbozar la personalidad intelectual del maestro. Ya Nervo, reconociéndole como uno de los más grandes poetas mexicanos, rehusaba hacer a los lectores de sus selecciones literarias el insulto de creer que desconocían esa personalidad tan sobresaliente. Su laboriosa tarea de periodista, de crítico y de artista señalaron su nombre a la admiración del mundo de habla castellana desde principios del siglo. Sólo queremos rendirle el tributo de nuestra devota admiración, que comparten, indudablemente, la mayoría de los lectores.

Luis G. Urbina pertenecía a la raza indígena, de lo cual se mostraba orgulloso. Era un hombre gordo y feo. "Mi aspecto es feo, pero en mi corazón no soy tan feo...", dijo en su primera entrevista a la bella y cultísima María Luisa Ross, la que habría de ser su admiradora leal y musa inspiradora de muchas de sus mejores poesías. Y en verdad, como en el caso de Darío, su fealdad exterior era como rústica odre que en vez de mal licor contuviese la más fina esencia, el más preciado néctar, porque en él todo era amor a la belleza, anhelo de perfección, aspiración a lo sublime. "Cómo va a ser usted el poeta Urbina, el que tan bellísimos versos escribe", le había dicho la señorita Ross al conocerle. Y esta sorpresa se habría de trocar luego en afecto y en sincera devoción porque aquellos que lograban tratarle de cerca tenían el privilegio de gozar del espectáculo maravilloso de un corazón todo luz...

Ese anhelo de perfección y de belleza, ansia de ideal y de eternidad, se traducía en la suave nostalgia que señalan sus versos. También como Nervo cometió el divino pecado de ser triste, y su melancolía vive en todos ellos. La invoca y espera, como a una dulce hermana que suavizara la soledad de las horas de su retraining huraño:

¿Y yo? Buscaré a solas, como única alegría,
mi talismán de ensueños y perezas, y allí
veré los grandes ojos de Sor Melancolía
perpetuamente abiertos para velar por mí...

Tenía, según sus propias palabras, "la tristeza a flor de alma", y se gozaba en "el placer inefable de estar triste", en "el silencio espiritual de la tristeza", e invocaba a la Melancolía para que le acompañara en ese viaje al país de la Quimera con que todos so-

ñamos. Y en el secreto de su pena encontró la veta riquísima de una inspiración que floreció en estrofas bellísimas:

Dolor, ¡qué callado vienes!
¿Serás el mismo que un día
se fué y me dejó en rehenes
un joyel de poesía?...

Dolor de sentirse solo, de "haber llegado demasiado tarde", como en su "Nocturno", dolor de recuerdos amables que suben a la soledad del aposento en alas invisibles de la música lejana:

Este es el mismo vals que nos decía:
«el alma en primavera tiene efluvios
que no tornan: amaos todavía...
la dicha pasa y el dolor agobia...»
y yo besaba los cabellos rubios
y los ojos azules de mi novia...

Pero su melancolía era vencida a veces, como el agua quieta que se quiebra al beso del sol, por chispazos de alegría, alegría de pájaro que conoce la magnificencia del canto y la embriaguez del vuelo, áureas escalas para ascender hacia la inmensidad:

Amanecí poeta: buenos días,
claridad de los cielos, honda y quieta...
Valle patrio, salud. Montañas mías,
salud! Salud, azules lejanías...
Qué alegre estoy! Amanecí poeta...

No es ésta, sin embargo, la nota básica de sus admirables composiciones. Persiste en ellas el vago temor de ser siempre "un extranjero en la ciudad que más quiere"; cree que la antorcha de su fe, apagada, por el destino, no ha de encenderse más, y quiere sentarse al margen del sendero para llorar esta pérdida. En la mayor parte de sus versos campea esta impresión de desencanto, que le impulsa a un retraining que sólo admite la compañía selecta de los escogidos. No era justo, sin embargo, en esta apreciación, ya que Urbina gozó siempre de una popularidad, si no tan grande como la de Gutiérrez Nájera, por ejemplo, igualmente continental. Su obra ha sido apreciada en todo su valor y el título de "maestro" le fué otorgado unánimemente.

Ni la prensa, ni la intelectualidad hispanoamericanas le regatearon elogios. ¿Quién no ha admirado el bellissimo "Madrigal Romántico" del beso que se volvió suspiro volando tras la mano de nieve que parecía un lirio desmayado, composición que ha sido incluida en todas las antologías y reproducida millares de veces? Y con ser ese madrigal tan bello que podría, como en el caso de Gutiérrez de Cetina, inmortalizar al autor, el prestigio de Urbina no se asienta sólo en un acierto casual, sino en una obra de considerable amplitud. Ya hemos citado su trabajo periodístico, especialmente valioso como director de "El Mundo Ilustrado"; su obra como crítico, particularmente sus ensayos sobre el teatro de Lope, Tirso y Calderón, y en cuanto a poesía, bastará recordar los títulos de algunos de sus libros: "Ingenuas" (1902); "Puestas de Sol" (1910); "Lámparas en Agonía", "Corazón Juglar (1920) y "Los últimos Pájaros".

Y todas sus obras llevan como epígrafe estas dos palabras, tan significativas: "Creer, Crear", que encierran su fe. Porque a pesar de su tendencia a la melancolía y a la soledad, era un convencido de la bondad del amor, del imperio de la belleza, de la potencia inextinguible de la vida, cuya fuerza creadora es omnipotente y le dió el acierto de sus versos, como un tesoro fabuloso e inagotable.

Al morir dejó en las manos filiales de Francisco Orozco Muñoz su último libro: "El cancionero de la noche serena", en el que, como bien dijo un gran poeta de Francia, admirador de Urbina, hizo patente "la hermosura de aceptar como riqueza todos los dolores, apaciguarlos, desarmarlos, transmutarlos y conquistar, en fin, la serenidad". En ese libro se encuentra este bellissimo soneto, titulado "En la Orilla" canto sereno en el umbral del infinito:

Yo crucé por la vida: pero no indiferente
sino llevando al límite los últimos despojos
de un pensamiento agudo que me horadó la frente,
y una visión magnífica que me llenó los ojos.

Fuí apasionado ingenuo e iluso impenitente.
La vez que el Amor vino lo recibí de hinojos.
Brotó de mi alma el llanto como de dócil fuente.
Y al ir a cortar rosas, no pensé en los abrojos.

Barquero, buen barquero!—desde la orilla grito.
Si fué mi viaje largo, mi ensueño es infinito.
Y no he de marchar solo. Traigo una ilusión bella,

y una esperanza, núbil, y una fe, sonriente,
y una flor en las manos, y una estrella en la frente,
y he de adornar tu barca con la flor y la estrella!

Así, con una flor en las manos y una estrella en la frente, le veremos siempre a la luz de nuestra devoción.

In memoriam

= Envío del autor. Arequipá, Perú =

Tú estás aquí, papá, detrás de mí leyendo estas líneas.
Y yo siento inclinarse tus ojos sobre mí
como la sombra de una mujer amada que se fastidia
de mirar renglones negros que van juntándose como los surcos,
bajo los pies de toros aradores de versos.
Y tú lees ahora lo que digo de ti, lo que de ti tengo
en el corazón para ti, y lo sabes aunque no salgan versos.
Porque tú no leías nunca lo que decía de ti en el mundo
y lo que el mundo mascullaba de mí, de tu hijo.

Tú sabes que cuando acabaste de morir, a mí me entró
una fiebre de hacer, de moverme, de echarle llave a todo
como si la muerte me fuera a robar todas las cosas.
Y siento un poco de vergüenza si te digo
que sentí como una paz, como si tus ojos descansasen
de mirarme, como si no pensases ya más mal de mí.
Se produjo como un alivio en la tierra que yo iba a poner
sobre tus ojos que siempre me miraron por la espalda,
sobre tus ojos que nunca supieron mirar mi porvenir.

Y las primeras palabras de mi mamá
se me clavaron, las recuerdo: —Ahora podré cortarme las uñas.
Le habían crecido tantos días de morir a tu lado,
de consumirse dándote la misma médula de su vida,
tantas noches de despertar como si ya te hubieses ido,
despacito, sin decir nada, en puntitas.
(Le habían crecido como les crecen las uñas a los muertos.)
Pero, Dios Santo! de dónde sacan tantas fuerzas las mujeres,
para estarse así esperando que la muerte venga,
y que la muerte se lleve lo que es nuestro,
lo más nuestro, lo que nosotros hemos amado como una herida?

Y comenzaron mis primas a vestirme.
Porque es necesario que la muerte nos arrastre vestidos
con un vestido nuevo.
Yo logré ver un pedazo de hábito de San Francisco,
y un Cristo de latón, hueco, inútil, seguramente sonoro,
con los brazos siempre abiertos sobre las velas
tiradas en el suelo junto a las flores que comenzaban a llegar.
Seguramente estabas serio, tú que fuiste siempre un hombre serio.
Dos focos más bien brillaban ya en las manos del Cristo,
en esas manos que horadaron los judíos,
dicen que por no querer contar los centavitos.

Mi hermana Lelia fué a arrodillarse a tus pies
diciendo, sollozando como ante el pan del Señor:
—Está calentito, todavía, está calentito!
Y estás calentito todavía, y el calor de tu vida
se ha quedado con nosotros, no se ha ido.
Pero, ¿qué hace uno, un hijo, frente a su padre muerto?
Mejor es irse, porque ni siquiera tiene uno valor de mirar.
Y anda que anda, y el rumor del agua
en la acequia que pasa frente a la casa,
me está diciendo que ahora vas a estar cerca del agua,
cerca de todo lo que no he podido poner en mis palabras.
Tú vas a saber mejor que yo ahora la raíz de las cosas,
y porqué salen rosas de los tallos
y porqué salen palabras de las congojas.

Después, al otro día, es decir mil días después,
te llevaron con músicas, te llevaron como se llevan al Cristo,
con bayonetas en las orillas y cornetas.
Las lágrimas caían de mis ojos y yo no tenía vergüenza,
vergüenza debían tener los que robaban la luz de mi día.
Lloraba dulcemente, amargamente por ti, por mí,
por todo lo que tú fuiste y yo no he sido.
Lloraba porque tú supiste sembrar lechugas y tomar las torres,
porque sabías echar al vuelo las campanas con las balas.
Por eso te ibas con cornetas y tambores de voces veladas.
Era yo entonces como un niño al que miraba llorar,
al que dejaba llorar yo mismo

con la ternura con que se deja llorar a un niño.
Y la vida era como un río, un ancho, un interminable río.

Don Juan Manuel Polar, tu amigo Don Juan Manuel, el pacpaco,
con su pañuelo blanco en la mano,
como si en la mano tuviese tu vida
comenzó a hablar: —El me está oyendo, él está aquí,
delante de nosotros, presente más que nunca, y ausente
más que nunca, porque Manuel María se ha ido para siempre
y para siempre se ha quedado en nuestra vida,
en nuestro recuerdo, en las calles de nuestra ciudad, en nuestra
mente.

Y hay que decir palabras que digan lo que fuiste.
Hay que perorar ahora, cuando calla el labio,
y se marchita la luz y se seca el tallo.
Y es necesario que digamos algo,
ya que te has callado, y no ha venido siquiera tu caballo.

Por eso, y desde entonces estás hablando en mí,
siendo mi voz, siendo como el que habla
y planta en la tierra una planta o una casa.
Y yo sentí que mientras hablaba don Juan de la despedida,
alguien más valiente que yo, quizá tú mismo
que siempre fuiste valeroso, me abrazaba por la espalda
y me confortaba y me mantenía erguido.
Eras quizá tú mismo, padre, tú mismo
que tenías madera de árbol, ramaje de árbol, gajo de pájaro.
Y yo me sentí tan pobre de ti, tan compadecido
que hubiera alzado el alarido
y hubiera llamado al hombre, a todos los hombres asesinos.

Y ciertamente desde entonces no soy más que un alarido,
un alarido hacia abajo, hacia lo hondo, hacia el suelo,
como si en el suelo fuese a encontrarte un día,
como si escarbando con cantos, con palabras,
con amargas palabras filudas fuese a encontrar las huellas de tus
pisadas,
fuese a encontrar las sílabas de esas palabras que guardabas.

Y después de que te fuiste acompañado de tus cornetas,
de tus soldados alegres como si fuesen de parada,
me vine solo, más profundamente solo
que el primer hombre que abrió sus ojos a los días.
Solo.

Andando sobre mis pies, sobre todos los recuerdos míos,
cargando el peso, todo el peso de un vacío
tan grande como el mundo, tan fértil como la entraña
de la tierra, que está siempre rehaciendo sus pétalos con huesos.
Pero qué orgulloso de caminar así solo,
apoyando tan sólo mis hombros en mí mismo.
como si en mí te llevase a ti, a tus huesos, a ti todo.

Al día siguiente supe que el gallito ajiseco,
ese que llamábamos "el gigante", había muerto,
había muerto en el cuchillo sucio de la Rosa,
de esa estúpida Rosa, la cocinera de zapatos torcidos,
de pensamientos torcidos, de todos sus hijos torcidos.
Y así mi pollo ajiseco, mi lindo pollo de plumaje candela
es el único que contigo se ha ido:
valientemente te acompaña como un ordenanza encendido.
Y yo lo quería como a ti, pero ya no lo veré crecido.

Y ya no hay más palabras, porque los ojos se mojan
y nos riegan la cara como el rastrojo.
Y sólo hay remordimientos, tantos malos pensamientos como cuervos.
Y uno se dice, uno, el hijo de un padre que muere viejecito:
"Señor, y no haber sido con él más dulce,
pero muy dulce como si yo no existiese ante él,
y no fuese hombre como él sino sólo un tallito,
una pequeña corriente que acrece el caudal de su río.

Y no haber besado todos los días sus sienes blancas como el rocío,
y no haberle dado el calor de mi vida,
la médula de mi hueso para alimentar su vida!"

Y ahora te enfriarás, padrecito!
Ahora sentirás en los huesos el frío de la tierra,
y en estos días de invierno sentirás cómo el frío
te va a buscar como un perro.
Porque te han puesto en un nicho bajo, cerca del suelo,
y el brote de la hierba va a subir por tu hueso.
Y mañana que venga la primavera y que caiga la lluvia
tu estarás sordo y ciego y tu boca llena de sombra.
Y ya no sentiremos en la casa,
cómo, virilmente, como una orden militar, te componías la garganta,
y tu voz ya nunca, ya nunca nos hará nacer, crecer el alma.

Pero como aún la montaña llora y se contrista y se abandona,
como alguna vez uno ha de tener la dulzura,
el valor, la hombría de llorar, yo querré llorar,
mi alma como la lluvia querrá ser lluvia,
querrá caer, querrá correr sobre la tierra tibia, querrá bajar.
Y yo no podré llorar.
No podré porque desde que tú te has ido
me he convertido en el padre de mi madre,
me he convertido en el muro donde se abrigan mis hermanas.
Y así, para llorar,
para llorarme y llorarte y llorar,
apoyaré mi mejilla en mi soledad
como quien apoya su cara en la rodilla de la montaña familiar.

27 de diciembre de 1934.

Los cables del "Rep. Am."

= Servicio de la agencia "Columbus". La Habana. Cuba =

Lima, Nov. 10. — Agencia Columbus. — Existe estricta censura. Los periódicos de oposición continúan clausurados.

Trujillo, Nov. 11.—Agencia Columbus. — Se realizaron los funerales del padre del líder aprista Haya de la Torre. La población asistió en masa paralizándose todas las labores en esta ciudad, puerto de Salaverry y otras poblaciones. Se puede decir que jamás ha habido un funeral igual. El líder aprista regresó en avión a Lima.

San José de Costa Rica. Nov. 11.—Agencia Columbus.—El Gobierno de los Estados Unidos y por medio de la Secretaría de Estado notificó a los gobiernos centroamericanos que de acuerdo con las disposiciones del Congreso de Washington tomadas el 12 de Junio de 1934, y con el decreto No. 6790 del poder Ejecutivo, negociarán nuevos tratados comerciales con las cinco repúblicas. La Cámara de Comercio de Washington ha estado preparando estadísticas para sobre esta base realizar las negociaciones de los nuevos tratados.

Las corporaciones económicas de Norteamérica constatan como el comercio entre los Estados Unidos y las repúblicas centroamericanas ha disminuido considerablemente, pues como se verá por las estadísticas adjuntas, las exportaciones de productos de los Estados Unidos a los países centroamericanos sufrieron una disminución de dólares 32.547.363 desde 1929 al 1933, mientras

que las exportaciones de productos centroamericanos a los Estados Unidos disminuyeron en dólares 17.277.005 durante el mismo período, y la balanza comercial del año 1933 arroja un saldo de dólares 3.952.452 a favor de los países centroamericanos.

Exportaciones —1929— Importaciones

Costa Rica.	\$ 8.312.000	\$ 5.202.597
Guatemala.	11.435.534	8.469.577
Honduras.	12.718.707	12.833.439
Nicaragua.	6.952.137	5.748.012
El Salvador.	7.983.091	3.829.938

Exportaciones —1933— Importaciones

Costa Rica.	\$ 2.423.915	\$ 3.043.793
Guatemala.	3.071.388	3.433.802
Honduras.	4.976.445	7.016.395
Nicaragua.	2.075.063	2.224.718
El Salvador.	2.307.097	2.107.850

San Salvador (El Salvador). Nov. 11. — Agencia Columbus.—En su reporte la Cámara de Comercio de Washington hace resaltar el hecho de que la mayor pérdida que ha sufrido el comercio norteamericano, ha sido en artículos manufacturados especial-

mente en tejidos de algodón y productos afines, pues durante el año de 1929, por ejemplo, Costa Rica importó de los Estados Unidos por un valor de \$10.076.200, mientras que durante el año de 1933 estas importaciones alcanzaron solamente a \$380.252.

Estiman estos fabricantes que considerando que los Estados Unidos son potentes consumidores de productos centroamericanos, estos países deben tomar la iniciativa y decretar leyes que distribuyan equitativamente las importaciones en proporción a las exportaciones.

Ante estas manifestaciones de las corporaciones económicas, hay que hacer resaltar el hecho que en particular concierne a El Salvador. Este ha tenido como plaza principal del café, del cual depende enteramente la vida económica del país, a Europa, siendo su más consistente consumidor entre los pueblos europeos, Alemania. Y, así tenemos, que mientras en Europa no había disminuido la capacidad económica para favorecer la compra de café salvadoreño, se beneficiaba a los Estados Unidos con fuertes importaciones, mientras estos compraban a El Salvador en cantidades que estaban muy lejos de la equidad por que propugnan las corporaciones económicas. Y esto hoy que el Japón envía delegaciones comerciales a fin de acaparar los mercados latinoamericanos. Si no aquí tenemos las estadísticas del balance de aduanas entre El Salvador y los Estados Unidos, desde la contratación del empréstito:

Año	Importaciones	Exportaciones	Balance
1922	9.756.274.54	7.945.589.96	2.260.674.58
1923	13.541.116.80	13.036.427.52	504.689.48
1924	13.527.977.56	12.665.051.85	862.925.74
1925	26.180.388.68	5.613.032.37	20.567.356.31
1926	34.054.362.00	9.123.062.00	24.931.300.00
1927	14.979.664.71	2.937.721.63	12.042.943.08
1928	19.884.881.47	7.429.595.98	12.458.925.49
1929	18.101.854.89	7.922.234.46	10.179.620.43
1930	11.599.218.00	6.396.180.21	5.203.035.79
1931	7.399.261.00	3.454.819.00	3.964.442.00

NOTA.— Estas cantidades son en colones salvadoreños, que en los años mencionados, tenían la equivalencia de \$0.50.

El gobierno americano a pesar de haber realizado un cambio en su política económica en el interior del país, no ha hecho lo mismo en sus relaciones exteriores con los

países de la América Latina, puesto que continúa el mismo sistema al realizar tratados comerciales con estos países. Hay la idea de realizar un Congreso Económico entre los países de la América Central para evitar esta política de absorción del poderoso vecino del Norte.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA

M. Alberti: <i>Carlos Marx y la acción del proletariado</i>	0.50
Luce Fabri: <i>Camisas negras</i> . Estudio crítico histórico del origen y evolución del fascismo, sus hechos, sus ideas	2.00
<i>Las alas de metal</i> . Los últimos poemas de María Alicia Domínguez	3.50
Pablo Antonio Cuadra: <i>Poemas nicaragüenses</i>	3.50
Universidad de Chile: <i>Programa de Derecho Civil</i> . 3er. año. Estudio sintético de las materias que comprende. Por el abogado chileno O. Humberto Donoso.	5.00
I. M. Altamirano: <i>Selección de su obras</i>	2.00
E. Pavlatich: <i>El mensaje de México</i>	2.00
Carlos Urquieta Santander: <i>Diccionario de medicación herbaria</i> . (La botica en el jardín)	3.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA DE

F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

¢ 1.25 ¢ 2.50 ¢ 10.00

ABONOS SEMANALES O MENSUALES

y al contado — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

Suscripción mensual: \$ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Representante
en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

“Alicia, en el País de las Maravillas”

Por LUIS CALVO

= De Diario de Madrid.—Madrid =

Al morir, a los ochenta y dos años, la señora Hargreaves, todos los periódicos de Londres recuerdan la delicada y memorable aventura de su niñez, cuando no era más que Alicia e inspiró a un pastor protestante el cuento infantil más popular de este siglo. El “Times” la compara con la Beatriz del Dante. A los diez años su nombre se hizo, se grabó para siempre en la historia literaria de Inglaterra.

La cosa sucedió como en los cuentos de “Las mil y una noches”. Una tarde de verano, el deán de la “Crist Church”, de Oxford, y otro cura que se llamaba Dodgson, se fueron con Alicia, hija del deán, y otras niñas, a bogar por el río, y se sentaron luego a la sombra de un almiar, junto a una rambla del Támesis, penetrada de ruidos de abejas y de la armonía del agua.

“Cuéntame un cuento que sea verdad y que no tenga tonterías” —le dijo Alicia al reverendo Dodgson. Era éste un poco poeta, tenía ojos claros y llevaba en los bolsillos versos y piedras del río. Había contado tantos cuentos a la pequeña, que ésta empezaba a fatigarse de los príncipes y bosques encantados. El reverendo Dodgson imaginó entonces una historia nueva, cuya protagonista fuera la propia Alicia. “Alicia en el país de las maravillas”. Tenía una hermosura clara el relato, prestancia poética y envoltura real. El reverendo Dodgson se emocionó de la acogida que su cuento tuvo en aquel cándido ruego de familia, y publicó luego un libro—“Alice in Wonderland”—que firmó con el seudónimo de Lewis Carroll. Al poco tiempo el librito corría de mano en mano entre los niños de Oxford, y llegó a Londres, y se extendió por todo el Reino y el Imperio, y conquistó los Estados Unidos, y su boga fué universal. Pisó la escena. Fué ilustrado por los mejores dibujantes del mundo. En 1923 el manuscrito se vendió en Londres en 15,000 libras, una cifra que sólo han alcanzado los manuscritos de Shakespeare. No os encontraréis a ningún inglés niño o grande, que lo ignore. En los días de Navidad, cuando Santa Claus, que es un viejo barbudo y niveo, como el padre Noel, que distribuye sus juguetes a los niños anglosajones, descarga sus alforjas en las ventanas y las chimeneas, no hay hogar que no reciba la gracia de este cuento infantil. Su autor se lo dedicó a su Musa, también en una Nochebuena, y “en memoria de un día de verano”.

Alicia fué luego la señora Hargreaves. Pero el recuerdo de aquella tarde de verano de Oxford iluminó toda su vida. Cuando se celebró el primer centenario de Lewis Carroll le nombraron doctora honoraria de letras en la Universidad de Columbia. Fué también escritora, y dicen que sencilla y noble. Escribió un relato encantador de las circunstancias en que nació el cuento de



Alicia, fotografiada por Lewis Carroll. La heroína posa como chiquilla pobre.

Poesía de niños

Por B. J.

= De Diario de Madrid.—Madrid =

No hay poesía “para niños”; sólo hay poesía “de niños”. Y para todo el mundo. Fabricar poesía —o cualquier otro producto literario— “para niños” sólo puede ocurrirsele a un espíritu mercantil o a un viejo domine de los que expurgan, “arreglan” y acomodan. Poesía “de niños”. Poesía infantil. Mayor o menor, fácil o difícil, patética o risueña, pero siempre nacida en estado de gracia. En ese estado al que debe volver el poeta más viejo —y complicado y “resabido”— si quiere producir la buena poesía “de niños”, para todo el mundo... (Se exceptúa siempre el lector profundamente resabido y complicado).

Sánchez Trincado y Olivares Figueroa, compiladores del precioso libro “Poesía infantil recitable” (*), han comprendido bien su faena. “Poesía infantil —dicen— es la poesía hecha para que los niños la digan como si fuese suya. El donante se hace semejante al donado; después se mete en su propio regalo y se da en comunión. Los niños asimilarn esta clase de poesía si el poeta ha logrado su intento. Encontrarn los niños que dicen lo que sintieron y pensaron con palabras bellas y precisas, no doctas, sino que estaban en su propio arsenal acurrucaas en los rincones de su léxico.” También dicen: “Llamarnos infantil a una poesía no porque sea accesible de repente a los niños, sino porque esté impregnada de esencias infantiles, y a veces sólo por su acento, por su gracia, por su ingenuidad, por su leve sabor de cosa primitiva, porque no se trata

(*) José Luis Sánchez Trincado (inspector de Primera Enseñanza) y R. Olivares Figueroa (maestro nacional): *Poesía infantil recitable*. Dibujos y texto caligráfico de C. Edelhoff. (M. Aguilar, editor. Madrid, 1934).

Lewis Carroll. “El reverendo Dodgson, para estimular nuestra curiosidad, nos decía de cuando en cuando: “Y el resto, para otra vez”. Pero nosotros le obligáramos a proseguir hasta el final, y así le dió remate”. Mrs. Hargreaves llevaba el peso de su infancia con la dignidad y autoridad de una gran dama victoriana.

Todo el episodio tiene un aroma ingenuo que emociona todavía a los ingleses. “Alicia” es una palabra mágica que los retrotrae a la infancia. Y el pensamiento de que la Alicia verdadera ha marchado para siempre, a unirse con Lewis Carroll, su amigo y creador, llena de prosa lírica las columnas densas de sus periódicos —una nota ingrvida entre las graves preocupaciones de las viviendas obreras, las disputas en torno al liberalismo y el próximo programa parlamentario.

Londres, noviembre

de descifrar la poesía, sino de sentirla”. Acento, gracia, ingenuidad: he aquí los tres valores en esta colección preferidos.

Ante todo la gracia, valor que abarca muchos otros, precisamente los menos fáciles de atrapar a veces, denominador común de valores opuestos. Hay poesía —la mas rica— hecha de acentos y timbres personales: puede también haberla —menos considerable— de reflejos, de resonancias. Pues la gracia redime también a la segunda— como ocurre en “El Cid en Castilla”, de Manuel Machado—. Es la gracia formal tan estimable como la gracia esencial.

En esta deliciosa antología se cumple un designio pocas veces puesto aquí en marcha: el de agrupar los textos no según la voluntad de los autores, ni siquiera según la altura y excelencia de los textos, sino en cuanto sirven, en cuanto se acercan al concepto de “poesía infantil”. Los autores no habían quizá pensado escribir tal poesía; fué el seleccionador quien lo vió después desde su punto de vista— que nos parece, en general, muy atinado—. Así, en efecto, el libro producirá sorpresas, como ha producido riesgos. Suelen estos producir aquéllas. “Cuando se enlazan páginas recogidas —se nos dice en un preámbulo— no como tales superaciones, sino como el hilo de un designio no previsto por el autor, la sorpresa es evidente, y, desde luego, el riesgo del ordenador de la antología, sin el apoyo de la opinión de la parte interesada, es mucho mayor”. (Pero en achaques de poesía no debe oírse mucho a la parte “interesada”. En general, lo está demasiado por su obra; resulta pésimo abogado, deleznable crítico. Una de las primeras condiciones del poeta genial consiste en no saber a punto fijo lo que hace. Así ocurrió siempre. Si ahora lo saben muy bien, peor para ellos. Es que perdieron el estado “habitual” de gracia y sólo la reciben por remesas dolorosamente parcas, que tan largos paréntesis dejan para lentos exámenes, recensiones líricas y épicas, apologías “de batalla”, etc.)

El libro “Poesía infantil recitable” está lleno de gracia. Quiere esto decir que la gracia estuvo presente en tan ardua faena de admitir y eliminar. Máxima libertad, máximo riesgo. Pero también grandes sorpresas.